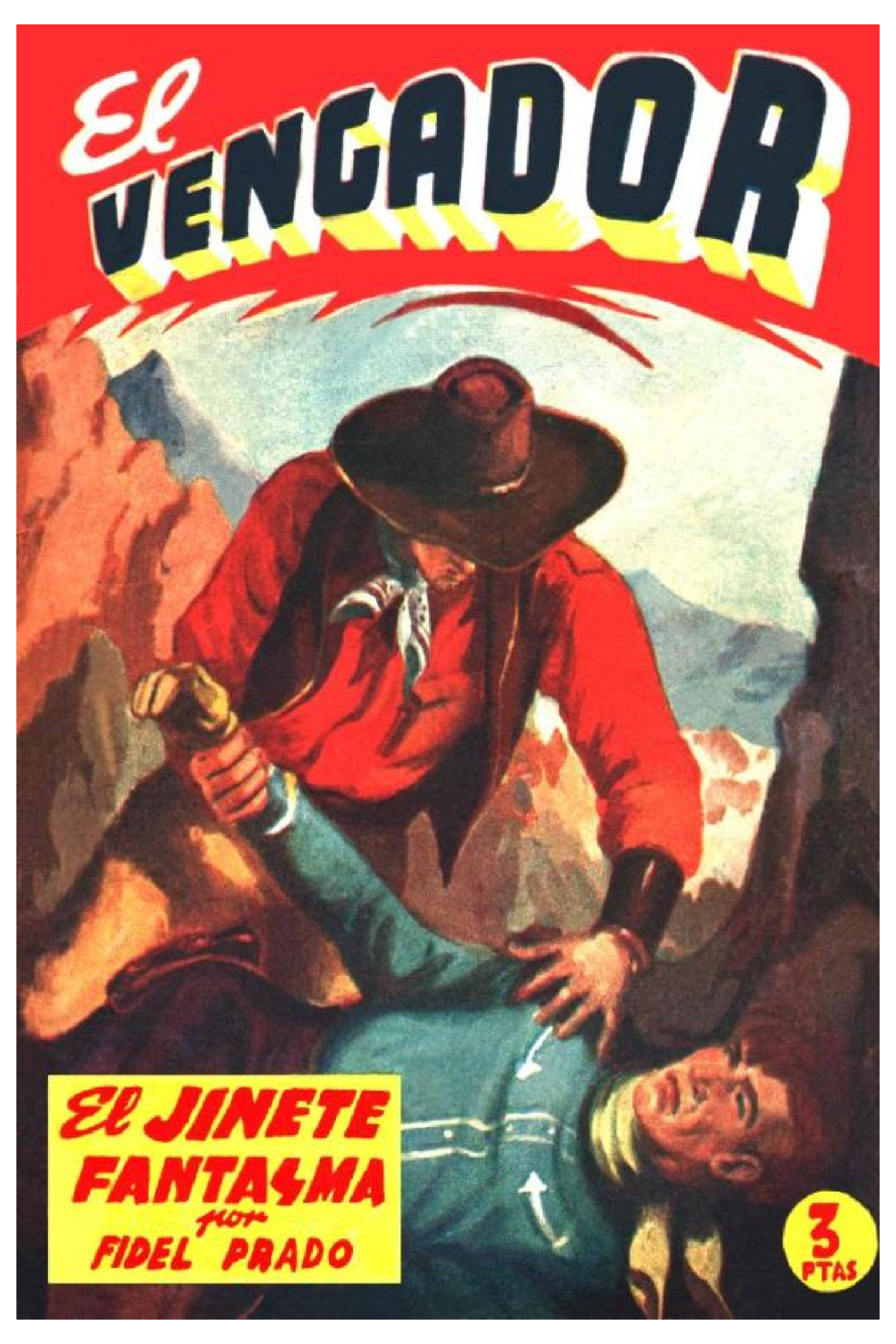

El VENGADOR
El JINETE FANTASMA
por
FIDEL PRADO
3 PTAS



Núm. 6

El Jinete Fantasma

NOVELA DEL OESTE ORIGINAL DE

FIDEL PRADO

Editorial Cies ~ Vigo

TITULOS PUBLICADOS

1. **Juramento cumplido.**
2. **Jak, el Zurdo.**
3. **La presa trágica.**
4. **Un sheriff a la medida.**
5. **El rastro sangriento.**
6. **El jinete fantasma.**

Próximo Título

La charca envenenada

PRIMERA EDICIÓN 1945

Impreso en España *Printed in Spain*

El Jinete Fantasma

por Fidel Prado

CAPÍTULO I

UN AVISO MISTERIOSO



OL King, «el Vengador», caminaba alegremente por la llanura endurecida por las heladas del mes de enero. Había dejado muy a la espalda Milford, donde resolviera de una manera trágica el misterio de la muerte del ranchero asesinado alevosamente por su sobrino Link, y ahora se aproximaba rápidamente a las tierras que le vieron nacer y donde suponía que alguien se acordaría de él y le estaría esperando con cierto anhelo.

El día, aun frío, había sido soportable. El sol lució entre jirones de nubes plomizas, que poco a poco el viento fue barriendo hacia el Norte, y Sol, bien abrigado con su manta de recia lana, recibió con gusto la caricia del aire, cargado de imperceptibles agujas de nieve arrastradas de los montes, que se le clavaban en el atezado rostro.

El joven sentía un ansia loca de volver a Pine. Había dejado en él algo que no se apartó de su memoria durante los varios meses que había empleado en recorrer parte del Oeste en busca de aventuras dramáticas y se sentía sin fuerzas para continuarlas, si antes no dejaba reposar su espíritu bajo el fuego de unos ojos negros y expresivos, que se habrían clavado muchas veces en la llanura, con ansia, oteando el camino en una espera infructuosa de su regreso.

Sol no renunciaba a su vengadora misión. Era un voto que había hecho y que cumpliría hasta el límite de sus fuerzas; pero sus nervios necesitaban un descanso y un sedante, y en ninguna parte podría, encontrarlo mejor que en su pequeño pueblo natal y al lado de la única persona que había quedado ligada a su turbulenta vida por un delgado e invisible hilo sentimental, que, si la suerte no le era adversa, un día se convertiría en una férrea y dulce cadena de rosas de la que sólo la muerte podría desligarle.

Su fama había corrido por el Oeste como un reguero de pólvora. Sus hazañas extraordinarias fueron como un portavoz arrastrado por el viento de Norte a Sur y no existía rincón de Utah que no supiera de él y de su gesta, y ahora le convenía matar un poco esta popularidad que le perjudicaba para pasar inadvertido entre los indeseables y así poder actuar con más libertad para darles el castigo merecido.

Pensando en estas y otras cosas, Sol se había desviado de la línea férrea que conducía a Escalante, para torcer a su derecha y bajar por el Este. Le agradaba más aquel paisaje y quería recrearse contemplando el bonito lago de Little Salt Lake, que un día, siendo niño, contemplara en compañía de su padre y que tanto le impresionara por su belleza.

Caía la tarde, cuando la llanura empezó a desaparecer para dejar paso a un terreno más abrupto, que rompía un tanto la monotonía del paisaje que había seguido.

Los árboles se amontonaban con más profusión, y las dunas, los desmontes, las quebradas y las cresterías avanzadas de la sierra de los montes Volcanic, se extendían hasta allí para morir dominados por la extensa planicie.

Moría el sol en una apoteosis de incendio, cuando, al enfrentarse con una alta loma batida de espaldas por la puesta del astro rey, algo llamó su atención, obligándole a acortar el paso y a fijar su aguda mirada en la cresta de la montaña.

Recortándose vivamente sobre el rojo incendio de la caída de la tarde, se divisaba, como una estatua de granito negro, la silueta de un jinete que, inmóvil, con una mano apoyada sobre la frente, como si pretendiese recoger mejor en los ojos lo que pasaba en la llanura, atalayaba el camino.

Sol admiró, a pesar de la distancia, la fina estampa del caballo, un

animal negro como la noche y fino de patas, que parecía tallado en piedra. También el jinete le pareció algo excepcional, pues acusaba una armonía de líneas, una gracia de figura y una esbeltez que rimaba muy mal con la tosquedad de los hombres de los pastos.

Sol se preguntó qué haría allí e1 jinete y qué contemplaría con tanto interés; pero como era cosa que no le preocupaba, siguió por la machacada senda que conducía al pueblo de Little Salt Lake, tratando de dejar a su izquierda el monte y el misterioso jinete.

Pero, de súbito, éste hizo un movimiento, bajó su brazo de la altura de los ojos y lo llevó a la silla, de la que tomó un rifle que debía tener atravesado sobre la ella.

Luego, con movimiento rápido, levantó el arma, disparó y, apenas había lanzado el disparo, desapareció de la cresta del monte como un fantasma.

Sol, asombrado, observó cómo la bala levantaba ronchones de tierra a unos cuantos metros de donde se encontraba, y, con un rápido movimiento, llevó la mano al revólver para contestar a la agresión; pero cuando lo intentó, ya era tarde.

Movido por un impulso irrefrenable, azuzó su caballo y a todo galope enfiló la áspera cuesta, con idea de alcanzar a su extraño agresor. No se explicaba el porqué de aquel disparo y menos por qué inmediatamente de lanzado sin eficacia alguna, había emprendido la fuga. «Stard» coronó triunfante la loma y cuando Sol tendió la vista buscando por algún sitio al jinete misterioso, no lo localizó.

Al otro lado, el paisaje se partía en fisuras estrechas, barrancas profundas, pequeños cañones, dunas que se sucedían y otros muchos accidentes ideales para ocultar a quien intentase eludir cualquier persecución, y Sol, rabioso, se preguntó por dónde se lanzaría para alcanzar a aquel ser anónimo, que de tan absurda manera se había comportado.

Se había detenido junto a una gruesa encina que se erguía casi al borde de la explanada, cuando sus ojos descubrieron en el tronco clavado frente al lugar por donde había ascendido, un gran pedazo de papel, y atraído por la curiosidad, se acercó a ver de qué se trataba.

Sus ojos se dilataron con asombro al descubrir que estaba dirigido a él y que se trataba de un aviso amistoso. El papel, escrito con letra bastante elegante, decía así:

> Sol King: Si tienes intención de cruzar por Little Sal Lake, desiste de ello y sigue tu camino por otro lugar. Tu fama ha llegado hasta aquí por delante de ti y hay quien ha jurado que, si osas asomarte por el pueblo, antes de que lo logres, te habrán eliminado. No desdeñes este consejo, pues no se trata de un enemigo, sino de tres, Claude Taft y sus hijos Rex y Jim.

Se han adueñado del pueblo y han jurado que, si alguien pretende echarles de él, aunque seas tú, le coserán a tiros.

UN BUEN AMIGO.

Sol, con el papel en la mano, se quedó reflexionando hondamente. Aquel aviso le decía, que el jinete fantasma que había disparado sobre él, no pretendió herirle, sino llamar su atención para que le persiguiera y llegase hasta el árbol donde había dejado aquel amigable aviso.

Pero... ¿por qué se ocultaba y qué interés tenía en avisarle y evitar su entrada en el pueblo? No recordaba conocer a nadie allí ni creía que nadie supiese que estaba próximo al poblado y su extrañeza subía de punto al ponderar este incidente.

Por otra parte, aquel jinete fino y elegante, de líneas poco masculinas, al que no había podido descubrir el rostro por su postura a contraluz del sol, le intrigaba sobremanera, haciéndole dudar si todo sería una broma o habría en el fondo un algo de trágica verdad que no debía desdeñar.

Pero como Sol era un hombre a quien no se le podía tratar así, pues bastaba que se le insinuase la posibilidad de un peligro para que se apresurase a salir a su encuentro. En lugar de hacer caso del consejo, optó por dirigirse directamente al poblado. Allí averiguaría si había algo de verdad en el aviso, o si se trataba de una broma, aunque el corazón le decía que el consejo era sano y leal.

Repasó sus revólveres, se cercioró de que funcionaban bien y, echando hacia atrás su manta para tener los brazos en completa libertad, torció el camino, dejando a un lado la senda general y se adentró por otra más estrecha que, entre terraplenes, se dirigía hacia el pueblo.

Aun había luz suficiente para poder vigilar el camino. Debía hacerlo, pues igual que le había salido al paso aquel misterioso jinete, lo mismo podían salir aquellos anónimos enemigos con los que no recordaba tener pendiente deuda alguna.

Sol, trataba de recordar algo. ¡Los Taft! ¿Dónde diablos había oído él hablar algo de tan recomendables sujetos? Después de mucho forzar su memoria, recordó que, antes de llegar a Milford, alguien, en un poblado, había citado tal apellido, achacándoles ciertos asaltos de Bancos y diligencias, aunque al parecer los indeseables habían desaparecido de aquella parte de la región, temerosos, sin duda, de la cruzada que se había organizado para perseguirles. Con este recuerdo y el aviso, tuvo bastante para asegurarse de que el consejo no era baladí, y poco más tarde daba vista a los arrabales del pueblo.

Este, se hallaba situado a media milla del bonito lago que le daba nombre y se trataba de un lugar, que solía recibir de paso bastante

ganado que, subiendo del Este, debía pasar forzosamente por allí al no tener otro sitio de cruce que el que le dejaba libre el desfiladero que se producía en los montes Volcanic, frente al poblado. También era el paso obligado de las diligencias que cruzaban hacia Nevada o en busca de la línea férrea de Escalante, y esta situación del pueblo era algo ideal para sujetos de aquel jaez, dedicados al atraco y al expolio.

Un prado, cubierto de álamos y pinos, se abría rodeando el pueblo y las primeras casas eran construcciones blancas y graciosas, de un solo piso, rodeadas de altas tapias por las que sobresalían las deshojadas ramas de los árboles frutales, ahora secos y desnudos.

Alcanzó una calle pina y entró en ella en ocasión en que aun el sol lucía de través, tiñendo de rojo los tapiales y las fachadas de algunas casas.

A pesar de lo temprano de la hora, no transitaba mucha gente por la calle, y a Sol, le extrañó semejante circunstancia, pues era el momento más propicio para que los establecimientos empezasen a poblarse de clientes.

Un tanto sobre aviso por este descubrimiento, continuó avanzando hasta alcanzar una pequeña plaza en la que se levantaba un edificio, con una achatada torre, que debía ser el Ayuntamiento, y al otro lado, frente al sol, otro edificio más pequeño que bacía esquina a una calleja.

Al reflejo sangriento del atardecer, descubrió sobre la puerta un letrero pintado en negro, que decía:

SHERIFF
Oficinas

El letrero le inspiró la idea de entrevistarse con el representante de la autoridad para que éste le diese algunos informes que le aclarasen el aviso, suponiendo que el *sheriff* no fuese un granuja en combinación con los bandidos, y encaminando a «Stard» hacia aquel lado, se detuvo a la puerta, que se hallaba cerrada.

Al levantar la vista, sufrió un sobresalto. En la madera de la puerta, clavado con unas tachuelas y con una grosera orla negra improvisada con tinta, había un papel cuadrado que decía:

¡AVISO!
Cerrado por defunción.
¡Muy peligroso aspirar a ocupar este cargo!
Claude Taft e Hijos.

El aviso era demasiado expresivo para no tomarlo en consideración, y Sol adivinó toda la tragedia que encerraba el escrito.

El *sheriff*, hombre decente, debió intentar suprimir del censo del

pueblo a tan indeseables sujetos, y éstos, adelantándose a él, le habían suprimido suavemente, apresurándose a colocar aquel humorístico y macabro aviso para apagar los ánimos de los que aspirasen a sustituirle. Durante un momento se quedó perplejo, contemplando el cartel. Luego, flemáticamente, se apeó del caballo, lo arrancó, guardándoselo en el bolsillo, y, haciendo fuerza con el hombro sobre la puerta, la abrió de un empujón.

Las oficinas eran una sala bastante más larga que ancha, con una ventana con reja a la plaza. El interior se hallaba en orden, al parecer, según pudo comprobar al reflejo cárdeno de los últimos rayos del sol y sobre la mesa, se veían papeles diseminados y, sobre todo, uno en el que había algo escrito que no acertaba a leer por falta de luz.

Al descubrir un quinqué de petróleo empotrado en un brazo en la pared fronteriza, se acercó a él, lo descolgó, separó el tubo y arrimó un fósforo, encendiendo la mecha, luego. Colocó el adminículo sobre la mesa y poniendo uno de sus revólveres al lado, se dispuso a leer el pliego que había quedado abandonado.

Pero antes, decidió quitar su caballo de en medio y, tomándole por la brida, le hizo cruzar el pasillo hasta llevarle a la parte posterior, donde descubrió la corraliza.

Ya tranquilo con esta medida, regresó a las oficinas, colocó el quinqué de forma que alumbrase la ventana y cerrando la puerta suavemente, acomodó detrás una silla en actitud inestable para que, al caer, le avisase si alguien pretendía entrar subrepticiamente.

Iba a tomar asiento en la poltrona vacía del *sheriff*, cuando, recordando algo, tomó una cuartilla de papel en blanco, mojó el mango de la pluma en el tintero para que marcase los trazos más gruesos, y escribió:

> ¡AVISO!
>
> Habiendo tomado posesión del cargo de *sheriff*, Sol King, advierte a los indeseables que deshonran este pueblo, que les ofrece doce horas para que lo abandonen por propia voluntad.
>
> Sol King.

Quitó la silla, volvió fuera, clavó el aviso en la puerta y tomando de nuevo las mismas precauciones, regresó al interior.

Ya tranquilo con las medidas tomadas y más tranquilo con sus dos revólveres sobre la mesa, tomó el pliego y lo leyó detenidamente.

Era un informe del *sheriff* para su superior de Junction, del que dependía como ayudante, y decía así:

> «Al *sheriff* de junction, James Wallace.
>
> »Me creo obligado a comunicarle, que se han posesionado de este pueblo unos peligrosos bandidos llamados Claude, Rex

y Jim Taft, padre y dos hijos, todos ellos de pésimos antecedentes, los cuales tienen atemorizado al pueblo.

»Se asegura, que hace poco han asaltado la diligencia que, procedente del Este, va hacia el valle de Escalante y me temo que estos mismos individuos sean los que asaltaron el Banco de Kingston hace algunas semanas. Son tres pistoleros rápidos y duros, que jamás se separan uno de otro y, por lo tanto, difíciles de cazar.

»He pretendido reclutar ayudantes, pero inútilmente. Los Taft tienen atemorizados a todos los hombres del poblado y me veo aislado de toda ayuda.

»De todas formas, cumpliendo mi deber, les he dado un plazo de veinticuatro horas para abandonar el pueblo. Sé que no obedecerán la orden y sé también que, cuando trate de cumplir con mi deber, las posibilidades de éxito que poseo son muy relativas.

»En previsión de que sucediese lo peor, me permito poner en su conocimiento lo que sucede por si puede prestarme alguna ayuda que contrarreste el poder de esta gente…»

La misiva terminaba aquí. Sol ignoraba si el *sheriff* la había dejado inconclusa para añadir algún detalle más antes de enviarla, o si algún suceso imprevisto le había imposibilitado de darle término.

La apartó a un lado y se dispuso a escribir otra por propia cuenta. Quería comunicar al *sheriff* el trágico fin de su leal subordinado y la decisión que había tomado de sustituirle mientras la familia Taft no fuese expulsada de allí de grado, o por fuerza.

Había empezado a trazar las primeras palabras, cuando su aguda vista, que no se apartaba del vano de la ventana, por el que la luz del quinqué formaba un recuadro luminoso, descubrió una sombra fugaz que lo cortaba durante una fracción de segundos, y, sonriendo siniestramente, tomó uno de los revólveres, dejó la pluma y con los ojos clavados en la puerta de entrada a la estancia, esperó.

CAPÍTULO II

DOS HOMBRES SIN NERVIOS



OMENTOS después el estrépito que formó la silla al perder su posición inestable le anunció que alguien había pretendido forzar la entrada y, encañonando la salida al pasillo, gritó en tono humorístico:

—¡Adelante, señor Taft! ¡Pase, que tendré mucho gusto en saludarle, pero tenga cuidado al entrar! ¡Hágalo con los brazos en alto, no sea que tropiece con alguna bala de las muchas que andan perdidas por ahí!

Sol captó una terrible interjección, y momentos más tarde se bocetaba en el vano de la puerta una figura grande, maciza, algo lo más parecido al oso sosteniéndose a dos pies.

Sol, con el revólver cubriendo la puerta, observó que el recién llegado poseía un rostro innoble, de color arrebolado, con unos ojos saltones de mirar frío y una cabeza casi cuadrada, en la que el cabello era un revoltijo que formaba una maraña rebelde a todo peine.

Aparecía con los brazos levantados y las manos a la altura de su cuadrada mandíbula, mientras sus ojos, heridos por el reflejo del quinqué, parpadeaban rabiosamente como si se resistiesen a creer lo que estaban viendo.

Sol, sonriendo humorísticamente, exclamó:

—Sea usted bien venido a estas oficinas, señor Taft; no creí que fuese usted tan buen ciudadano que se diese tanta prisa en venir a cumplimentarme. Me alegro, porque me ha evitado el trabajo de mandar en su busca.

Claude Taft rechinó los dientes y gruñó:

—¿Buscarme a mí? No sé a quién iba usted a poder confiar tan delicada misión.

—¡Bah! A cualquiera, pues supongo que en este pueblo aun quedará algún hombre.

—Lo dificulto. Los pocos que hay no tienen ganas de morir tan jóvenes.

—Bien; pues hubiese ido yo en persona, ya que soy de los que tienen hecho testamento hace tiempo.

—¡Hubiese querido verlo!

—Me atrevo a asegurar que le daré ese gusto, pero... ¿qué hacen sus apreciables vástagos que no pasan también? La noche está muy fresca y van a constiparse.

Claude, rabioso por la ironía, replicó bruscamente:

—Están esperando un cadáver!...

—¡Ah! ¡Son unos hijos muy amantes de la familia! ¡Espero que no querrá darles ese gusto!

—¿Cuál?—preguntó Claude sin comprender.

—El de tener que hacerse cargo de su carroña para arrojarla a algún vertedero.

Claude lanzó un rugido de rabia y movió instintivamente su mano derecha, pero el revólver de Sol formó una línea muy peligrosa frente a su pecho.

—Oiga, señor Taft—advirtió el joven—: para poder hablar conmigo sólo hay dos posturas. O permanece así, sin desviar sus manos un centímetro de esa altura, o permitir que le despoje del revólver y entonces puede adoptar el gesto que más le agrade.

—¿Para que se quede usted con él?

—No. No me sirve; es mejor cualquiera de los míos y... más rápido.

—Eso tendría que verlo.

—No lo intente, porque no lo lograría. Estaría muerto antes de darse cuenta de ello.

—Le encuentro a usted muy jactancioso.

—Encuéntreme como quiera.

—Le prometo no disparar aquí dentro.

—Prefiero la seguridad a su palabra.

—Bien, tome mi revólver si es tan desconfiado.

Sol se acercó a él y de un tirón le arrancó el arma sin acercarse. Sabía de ciertos trucos y no estaba dispuesto a sufrir una prueba amarga.

Claude sonrió siniestramente, advirtiendo:

—No es usted muy elegante desarmando a un hombre. Tendré que hacerme una nueva pistolera con su piel.

—Es un deseo que ya han expresado muchos y no ha conseguido aún nadie.

—Pero alguno tendrá que ser el primero.

—Me quedo con la duda.

El pistolero bajó los brazos, y Sol, sin perder de vista la puerta, advirtió:

—¿Quiere usted decir a sus preciosos retoños que pasen, o prefiere enviarles a dormir antes de que se resfríen? Se lo advierto, porque

cualquier movimiento mal hecho por parte de ellos puede costarle dos balas clavadas en el corazón.

Claude dudó un momento, y luego, asomándose a la ventana, a través de los hierros, gritó:

—¡Rex! ¡Jim! Marchar al «Halcón de Oro» y esperarme allí. Yo iré dentro de un rato.

Un gruñido fue la respuesta, y Sol, con el revólver encañonando la ventana, les vio cruzar a través del vano de luz.

—¡Ajajá!—dijo—. Ahora podemos charlar con más desahogo.

Taft se acomodó en una silla frente a Sol, y sacando su pipa y la bolsa del tabaco se dedicó a llenar la primera, mientras preguntaba:

—Escuche, Sol, ¿por qué tiene ese interés en morir tan joven?

—Es un capricho como otro cualquiera. Yo le preguntaría a mi vez por qué tiene tanto empeño en morir colgado de una encina.

—No podría contestarle, porque no he pensado nunca en que se pueda dar ese caso.

—Pues vaya pensando en ello. Puede ser que yo sea quien tenga el capricho de hacerlo.

Claude rio de buena gana y replicó:

—¡Me hace usted mucha gracia, Sol! No ignoro su cartel de hombre bravo y rápido con el revólver; pero yo no soy cobarde ni manco. Llevo muchos años sonriendo a las ramas de las encinas y dudo que exista alguna que me obligue a hacerla otra clase de muecas más amargas.

—Bueno. Siga creyéndolo. No tengo empeño en amargarle sus últimos días antes de tiempo.

Taft endureció los rasgos de su rostro y añadió:

—Escuche, Sol; me temía que esto pudiese suceder, pues sé de sus andanzas por esta región y quería evitarlo, no por miedo, sino porque respeto a los valientes; pero desde el momento en que voluntariamente se ha metido en mi terreno no me queda más que aceptar el porvenir.

—Es una filosofía muy sensata.

—Estaba alerta pensando en que usted podría venir, pero jamás sospeché que lo hiciese de la forma que lo ha hecho. Ha ganado usted una primera baza, pero es muy pobre para que se adjudique la partida. No se da cuenta de su situación y me creo en el deber de hacérsela valer.

—Le escucho como si fuese usted un profesor de lógica.

—El hecho de que esté usted ahí sentado no dice nada. Ha tomado usted por asalto esas oficinas como las pude tomar yo, pero carece usted de fuerza legal.

—No le preocupe eso. Podría mostrarle mi estrella de *sheriff*, pero no quiero. Mañana juraré el cargo y la fuerza legal que tanto le

preocupa estará en mis manos.

—Dudo que pueda usted llegar a casa del juez a prestar juramento.

—Es usted muy incrédulo. ¿Qué más?

—¿Qué pretende usted no siendo un *sheriff* auténtico?

—Serlo. Pero si no lo fuera, era lo mismo. En esa puerta he clavado un aviso que lo cumpliré. Yo poseo dos medios de llevar adelante mis planes: uno es esa fuerza legal que usted invoca y otro es emplear la fuerza personal que invoco yo. Puestos a respetar la legalidad, tiene usted para salir de aquí el tiempo justo que yo tarde en jurar mi cargo de *sheriff* mañana por la mañana.

—No lo jurará usted—afirmó Claude, enérgico.

—Mala suerte entonces; pero, en las dudas, vaya preocupándose en arreglar sus maletas, si las tiene, y preocúpese también de sus tiernos vástagos. Sentiría dejarle a usted solo en el mundo, o dejarles a ellos huérfanos a una edad en que el biberón les está reclamando.

Claude, rabioso, se levantó rugiendo:

—¡No diga majaderías o le desharé la boca de un puñetazo! Mis hijos son tan bravos como su padre y cualquiera de ellos, se bastará para deshacerse de usted como de un bizcocho.

—En ese caso nada tiene usted que temer de mí. ¿Por qué se ha preocupado entonces en visitarme?

—Para advertirle de lo que le espera y para ordenarle que se largue. Yo le doy de plazo toda la noche para que lo haga, pues no quiero tener insectos a mi espalda que me hagan cosquillas.

—Lo siento; pero no puedo aceptar su galantería. Ahora escuche, porque estoy muy cansado y quiero dormir un rato. Si mañana no han desaparecido ustedes del pueblo, una vez que jure el cargo, les iré a buscar y les apresaré, acusándoles del asalto de la diligencia que va al valle de Escalante, del asalto del Banco de Kingston y del asesinato de mi antecesor, el *sheriff* de este poblado. Con todas esas acusaciones les colgaré lindamente de una encina, y entonces habrá llegado la ocasión de que en lugar de sonreír a sus ramas les hagan unas cuantas muecas trágicas.

Taft estaba rojo de ira. Las amenazas frías y convincentes de aquel hombre de nervios de acero le llegaban al alma y le revolucionaban toda su sangre de forajido. Jamás en su vida nadie había osado hablarle de aquella manera y sus dientes se enclavijaban al ponderar que estaba a merced de su enemigo y que nada podía hacer para callar su boca.

Con ira reconcentrada, advirtió:

—Se está dando usted demasiada importancia y el fracaso que va a sufrir será terrible. Nada me importa que por una vez haya usted alcanzado una ventaja sobre mí, cuando salga de aquí se habrá acabado esa ventaja y los triunfos serán míos.

—¿Y si diese la casualidad que no saliese... al menos vivo?

Taft tembló ante la amenaza y repuso:

—Podrá matarme a traición, pero quedan mis hijos.

—¡Ah, sí! ¡Los infelices huérfanos! Me ha conmovido usted y desisto de dejarles solos en el mundo. Puede marchar completamente seguro de que por esta noche no se quedarán sin su valiosa tutela.

—¿Es ésa su última palabra? —preguntó Claude, rabioso.

—Por ahora, sí. Mañana es fácil que si tengo que pronunciar alguna otra lo haga a tiros.

—Será usted contestado dignamente.

—Ya me lo supongo.

No había más que hablar. El reto quedaba en pie y todo intento de convencerse mutuamente había fracasado.

—¿Quiere usted devolverme mi revólver? Me dio su palabra.

—Claro que se lo devolveré, pero permítame...

Levantó el percutor y dio vueltas al tambor, extrayendo los proyectiles que dejó sobre la mesa.

—Aquí tiene. Le prometí devolverle el arma, pero no los proyectiles. Es una medida que protege su vida al salir de aquí. De otra manera, quizá me viese obligado a coserle a tiros antes de alcanzar la calle.

Claude nada dijo y se guardó el arma en el bolsillo, ya que Sol le había desgarrado la funda.

—Bien—dijo, no olvide que he prometido hacerme una nueva pistolera con su piel.

—Ya... Y usted no olvide que es muy difícil entrar en esta casa sin armar ruido. Mi sistema de despertadores es infinito. Tengo un caballo de un oído que siente crecer la hierba y me avisa. Podría suceder que en lugar de volverle a invitar a entrar cortésmente le enviase a manos del sepulturero sin previo aviso. Espero que me agradezca el consejo.

—Al menos lo tomaré en consideración.

Claude, con paso recio, cruzó la estancia dirigiéndose a la puerta, y Sol se dispuso a acompañarle; pero en el momento en que iba a cruzar por delante de la ventana, su mirada aguda descubrió un objeto brillante que se introducía por entre uno de los hierros a través de la jamba, y, rápido como una centella, volvió el arma y disparó.

Un rugido de dolor brotó al otro lado de la calle, al tiempo que el objeto brillante caía dentro de la habitación, produciendo un ruido metálico. Claude, pálido como un muerto, se volvió preguntando:

—¡Por el diablo! ¿Qué le sucede?

Sol, dando la vuelta a la habitación para no pasar por delante de la ventana, se inclinó tomando un revólver del suelo. Luego regresó por el mismo camino y mostrándoselo a Taft, exclamó:

—Me temo que esto sea el biberón de uno de sus niños. Creo que

por esta noche le he dejado sin poderlo usar y, en cuanto al otro, sentiría tener que tomar represalias contra usted.

Claude, furioso, ponderando que Sol podía muy bien hacer lo que decía en pago a la traición empleada con él, se lanzó impetuoso a la ventana aferrándose a los hierros y rugió:

—¡Rex...! ¡Jim...! ¡Maldita sea vuestra figura! ¿Estáis locos, o es que os estorbo en el mundo? ¡Largaros de aquí con cien mil pares de demonios o me liaré a tiros con vosotros!

Algo como unos gruñidos se dejaron oír fuera y cuando Claude se volvió, dijo:

—Lo siento, pero no ha sido mía la culpa. Sé que le mataré a usted no tardando mucho, pero quiero hacerlo por mi propia mano y correspondiendo a esta gentileza mal entendida que ha tenido usted conmigo.

—Gracias; pero no espere que se repita y menos con los niños. La primera vez que nos enfrentemos apresúrense a tirar, porque yo no lo pensaré... ¡Qué pase usted buena noche!

—Lo mismo le digo, Sol. Y piense en mis palabras. Somos tres y usted es sólo uno. Está usted en desventaja.

—No lo crea. Para estarlo, necesitaría diez como usted.

—¡Fanfarrón!

Claude abandonó la estancia seguido de Sol, quien obligó a salir por delante. Cuando así lo hizo, se asomó a la plaza que se hallaba solitaria. Lejos, parpadeaban algunas luces, pero nadie había sentido curiosidad por averiguar de dónde procedía el disparo y por qué.

Cuando Taft hubo abandonado las oficinas, Sol se apresuró a cerrar por dentro apelando a colocar nuevos cachivaches que impidiesen la entrada por sorpresa y luego, tranquilo por esta maniobra, se dirigió a la ventana y cenó las hojas de madera que impedían ver desde fuera lo que sucedía en el interior.

Para mayor precaución, corrió la mesa a un ángulo, fuera de la trayectoria de una bala, y tomando un pliego de papel, encabezó una misiva al *sheriff* dándole cuenta de lo que había hecho.

En ella advertía, que al día siguiente se proponía visitar al juez para que le tomase juramento y una vez que ostentase legalmente la estrella de *sheriff*, procedería a expulsar a los Taft, o, de lo contrario, a cazarlos a tiros donde los encontrase.

Cuando terminó la escritura, cerró la, carta y la dejó sobre la mesa, dedicándose a examinar el interior de la vivienda.

La corraliza donde había dejado a «Stard», constituía un posible peligro. La tapia podía ser saltada fácilmente y sólo le defendía por aquel lado una débil puerta de madera, que atascó de idéntica forma que la de la entrada principal.

Luego, se dirigió a la alcoba del *sheriff*, una alcoba modesta, con un

lecho de madera colgado sobre dos soportes que dejaban por debajo un buen espacio.

Tras pensarlo muy bien, amontonó ropa, la metió bajo el cobertor, le día la forma de un cuerpo descansando en el lecho, y con la manta, se metió debajo de la cama, cubriéndose con el encerado y poniendo sus revólveres al alcance de la mano.

Si alguien tenía la osadía de penetrar y buscarle, cuando quisiera darse cuenta del engaño y descubrir su escondite, tenía tiempo de haberle metido en el cuerpo muchas onzas de plomo; y ya tranquilo, y cansado del viaje y de las emociones sufridas, se entregó al sueño.

Pero antes de quedarse dormido, una duda misteriosa le acometió. Ahora, libre de preocupaciones, acudía a su memoria la imagen del jinete fantasma que le había esperado al paso de la carretera para advertirle del peligro que corría, y se preguntaba quién podía ser y qué interés poseería por él, para tomar a su cargo avisarle de los siniestros planes de los Taft.

Por más vueltas que dio a la imaginación, no acertó a formarse la más ligera idea y, cansado de ponderar el asunto, terminó por quedarse dormido como una marmota, sin que nada ni nadie acudiese a turbar su sueño.

CAPÍTULO III

UN TRUCO AUDAZ



ELATIVAMENTE temprano, Sol despertó. El lecho le había resultado bastante molesto y el frío le tenía envarado; pero se había asegurado unas horas de sueño y reposo que le eran muy convenientes.

Abandonó su refugio y después de comprobar que su aviso había surtido efecto, pues nadie intentó violentar la entrada a las oficinas, se dirigió a la corraliza, y en un gran tonel, que a modo de pilón había en ella, se lavó ampliamente, refrescando su cabeza y sus ideas, y cuando terminó su tocado, sintió un apetito feroz.

Buscó en su saco algunas latas de conserva y desayunó copiosamente. Con el estómago bien nutrido, se sentiría más fuerte para la tarea que se había impuesto.

Ahora, lo difícil resultaba salir de allí sin detrimento físico y encontrar al juez para darle cuenta de su decisión de aceptar el cargo de *sheriff* y prestar juramento. Ignoraba dónde vivía, y pasearse por el pueblo preguntando direcciones, era en extremo peligroso.

Pero como su amor propio no le permitía claudicar, repasó sus armas y, con sumo cuidado, abrió la puerta, echando un rápido vistazo a la plaza.

Esta aparecía desierta. Diríase que el pueblo había emigrado en masa y que nadie se atrevía a habitar en él, exponiendo su vida a los desmanes de los forajidos.

Al abrir, observó que alguien había arrancado el cartel que había pegado la noche anterior en la puerta, y como estaba decidido a mantener el reto, penetró en las oficinas y volvió a redactar otro nuevo.

Cuidando de no asomar al exterior, clavó el cartel en la hoja a medio abrir y, cumplido este deber se dispuso a seguir adelante.

No estaba muy seguro de que, en algún lugar ignorado, alguien acechase su paso, pero si se encerraba en las oficinas como un caracol en su concha, no podía cumplir lo prometido a Claude Taft,

Desenfundó su revólver, montó en «Stard» y abandonó las oficinas, cruzando la plaza arrimado a las paredes de los edificios y cuidando registrar las esquinas de los callejones antes de aventurarse a cruzar ante ellos.

Al fin, alcanzó la calle principal sin sufrir contratiempo alguno y, muy extrañado, se preguntó qué habría sido de los Taft y por qué no estarían atentos a sus reacciones para cortarle el paso.

Más adelante, llegó a sus oídos el batir de un martillo sobre un yunque y, al acercarse, descubrió una herrería.

El herrero forjaba unas herraduras para su caballo que estaba trabado ante la puerta.

Se detuvo un instante y, encarándose con el obrero, preguntó:

—Oiga, amigo, ¿quiere decirme dónde vive el juez de este pueblo?

El herrero le miró un momento intensamente, y luego, señalando hacia la parte arriba, indicó:

—Siga adelante, y al llegar a la segunda calle, métase por ella. Al final, en el esquinazo de la derecha vive.

—Muchas gracias.

Iba a continuar su camino, cuando el herrero, abandonando el martillo, se adelantó escupiéndose las manos y preguntó:

—Oiga, forastero, ¿es usted por casualidad Sol King?

—Sí, yo soy. ¿Sucede algo?

—¡Oh, claro que sucede! Me dijeron que había llegado usted al pueblo y que se había posesionado de las oficinas del pobre Quincy, poniendo en ellas un cartel muy bravo. ¿Es cierto?

—Si lo duda, acérquese por allí y podrá leerlo.

—No, gracias; es más seguro no ir y saberlo por usted mismo. Pues bien, si, como afirma, es Sol King, permítame que le dé un consejo.

—Si cobra usted menos por él que por poner las herraduras...

—Es absolutamente gratuito, aunque valga por una vida. No siga el camino que le he indicado.

—¿Por qué?

—Porque hace un momento, han subido arriba los Taft y, si mis ojos no me engañan, están en «La Bola de Oro», que cae frente por frente a la calle por donde tiene usted que pasar.

—Gracias por el aviso, pero tengo necesidad de ver al señor juez y le veré.

—Bueno, puede verle, quizá no pueda, eso depende. Vea de seguir un camino menos peligroso.

—¿Cuál? No conozco el pueblo.

—Yo se lo indicaré. Vuelva hacia abajo, métase por la primera calle a la derecha, sígala al final y luego, suba por la paralela a ésta, hasta alcanzar la segunda. Estará usted en la misma esquina, pero por camino contrario.

—Muy agradecido. Seguiré el consejo.

—Es lo más saludable. Sólo me resta decir, que, desde la esquina a la puerta de la casa, hay siete metros y que tendrá que recorrerlos dando la cara a «La Bola de Oro». No puedo hacer más por usted.

—Muchas gracias. Procuraré recorrerlos lo más rápidamente posible.

Volvió grupas al caballo y siguió el itinerario marcado por el herrero, hasta alcanzar el esquinazo de la calle. Ya allí, dejó el caballo a cubierto de ser visto por el vano de la calle y pegándose a la fachada con el revólver amartillado, se deslizó rápidamente hasta alcanzar el vano de la puerta, en el que se protegió.

La maniobra fue tan veloz, que estaba seguro de que los Taft, que le estarían esperando por el otro camino, no debieron darse cuenta de ella.

Aporreó la puerta nerviosamente y poco después una mujer gorda y colorada, con las manos húmedas y llenas de espuma de jabón, salió a abrir.

—¿Qué deseaba, forastero?

—Necesito hablar con el señor juez. Es urgente.

La mujer se quedó un momento dudando y luego repuso:

—No sé si podrá. El señor Byrnes está indispuesto y…

—Haga el favor de decirle que está aquí Sol King, que necesita verle con urgencia para un asunto de su cargo.

Ella desapareció en el vano del pasillo y poco después, regresaba diciendo:

—Haga el favor de pasar.

Sol, siguió a la mujer por el pasillo, al fondo del cual, se abría una estancia convertida en despacho. De pie tras una gran mesa, con el rostro pálido y una mueca de angustia dibujada en el rostro, se hallaba Harry Byrnes, el juez; un individuo alto, delgado, de rostro incoloro y bigote cano.

Byrnes dejó caer con desaliento un papel que estrujaba entre sus manos y, señalando una silla, le invitó con voz desfallecida:

Haga el favor de sentarse. Esperaba su visita a pesar de todo y no se hace usted una idea del dolor que esta visita me produce.

Sol, sin aceptar la invitación, preguntó asombrado:

—¿Dolor? ¿Por qué?

El juez, sin replicar palabra, tomó el papel que había dejado sobre la mesa y, en silencio, se lo entregó. Sol lo tomó intrigado, leyéndolo rápidamente.

La misiva corta, pero expresiva, decía:

> «Señor Byrnes: Hace días le hicimos una amenaza seria si osaba inmiscuirse en nuestros asuntos y hoy la repetimos de

una forma más contundente. Ha llegado a Little Salt Lake el peor enemigo que podíamos encontrar Y se ha posesionado de las oficinas del *sheriff* con la pretensión de ocupar el cargo vacante. Le hemos invitado a desistir y se ha negado. Hoy le visitará para jurar el cargo ante usted y considerarse con fuerza legal para echarnos de aquí o eliminamos. Le advertimos, que en el momento que Sol King salga de su casa luciendo al pecho la estrella de *sheriff*, no volverá usted a ver a su hija Lucile, de la que nos hemos apoderado y la que guardamos en sitio seguro hasta que usted decida su actitud. Si está usted con nosotros, en momento oportuno será puesta en libertad; pero si está en nuestra contra, dudamos que la vuelva a ver... al menos con vida.

«Claude Taft e Hijos.»

Sol, dejó el papel lentamente sobre la mesa y exclamó:

—Comprendo su situación, señor Byrnes, y lamento ser la causa inconsciente del dolor que sufre, en este momento; pero usted también se hará cargo de la mía. Aparte de otros hechos delictivos que exigen la vida de esos hombres, está reciente la muerte del *sheriff* de este poblado, que reclama justicia. Dejar a esos asesinos en libertad de obrar y no mantener autoridad alguna en este pueblo, es darles carta blanca para que cometan la serie de saqueos, robos y asesinatos que deseen. Yo también expongo una vida, la mía, en servicio del deber y a nadie le exijo sacrificios por preservármela. Esta es la situación.

—No necesito que me la recalque—advirtió el juez—, pero usted no es padre y no sabe de estas cosas.

—Pero soy hombre y joven. Amo la vida. Hay una mujer que llora y suspira por mí esperando que expire el plazo que yo me impuse para cumplir un juramento de venganza, y también sufriría y lloraría si yo desapareciese del mundo, pues el amor tendrá matices, pero es sólo uno.

—Es cierto; pero todos somos egoístas en el mundo, sobre todo cuando se juega algo de más valor que el dinero y es una vida joven y lozana. Estoy en un callejón sin salida del que no acierto a escapar.

—¿Por qué no? Todo depende de la clase de conciencia que posea usted y de su criterio sobre el deber. Puede usted negarse a tomarme juramento, echando un borrón sobre su carrera si es usted un hombre digno; puede renunciar al cargo si es usted un cobarde, y puede tomarme juramento si es un hombre íntegro y de honor. Hay varias salidas.

—¿Y mi hija? Si me hubiesen amenazado a mí directamente, me reiría de esas amenazas. Ellos lo saben, pues les advertí que escribiría al *sheriff* de Junction poniéndole en antecedentes de lo sucedido y

escribí la carta. Interceptaron el correo y dieron una formidable paliza al demandadero, el cual ha estado quince días en cama. No he insistido por no exponer a otro infeliz a recibir el mismo trato, y no he ido en persona, porque una vez que me alejé a caballo del pueblo más de la cuenta, me saludaron a tiros obligándome a regresar más que a paso. Por mí no temo, pues mi vida pertenece a la Ley y a ella la he consagrado, pero no se me puede pedir que en auxilio de ella exponga más que otros, dando también la vida de los míos.

Sol ponderaba las razones de juez. Si él, personalmente, estaba dispuesto a jugarse la vida en el cumplimiento de su misión, había hecho tanto como los demás, pero los suyos debían quedar al margen por ser ajenos a la cuestión.

—Lo siento—dijo—, pero a pesar de todo no puedo permanecer inactivo. Podría trasladarme a Junction a jurar allí el cargo, pero aparte de que perdería un tiempo precioso, me expondría a no volver y, con ello, a dejar en manos de esos forajidos a todo el poblado. A nada le obligo, pero sí le prometo una cosa.

—¿Cuál?

—Dedicarme inmediatamente a la busca de su hija para arrancársela de manos de esos asesinos y al tiempo deshacerme de ellos donde me los tropiece. Estudie usted el caso.

—¡Es horrible!—aseguró desesperado el juez—. Cuando llegue usted hasta ella, quizá no viva ya.

—O sí. En este momento sé que espían esta casa desde «La Bola de Oro». Esperan a verme salir de aquí con estrella o sin estrella, y si están aguardando no pueden estar donde tengan a su hija. Trataré de pegarme a ellos y no les permitiré llegar allí antes que yo.

El juez sudaba como un condenado. Hombre probo y de conciencia, sentía la voz del deber tirando de él, pero su cariño paternal se alzaba como una barrera que parecía imposible de franquear.

—Mucha fe tiene usted en sus fuerzas—comentó.

—Siempre la tuve, y esta fe me salvó de peligros terribles. Si me fallase, me consideraría fracasado.

Byrnes, después de sostener una tremenda lucha interior, dijo tomando una decisión heroica:

—Está bien, no quiero aparecer a sus ojos más cobarde que en realidad soy. Me expondré a perder lo más querido para mí solamente para que nadie se crea con derecho a escupirme a la cara y pisar más largo que yo en materia de valentía.

Sol se adelantó y estrechando su mano con emoción, dijo:

—¡Gracias, señor Byrnes! ¡Es usted todo un hombre! Yo le prometo consagrar mi vida al rescate de su hija y a limpiar este poblado de esa miserable carroña. Sé que estoy solo, porque la gente de aquí ha

cobrado demasiado miedo; pero o poco valgo, o he de acabar con todos.

El juez abrió el cajón de su mesa y extrajo una biblia, que colocó sobre la mesa. Luego, dirigiéndose a Sol, preguntó con voz temblona:

—Sol King: ¿Jura usted por su honor defender la Ley allí donde ésta reclame sus servicios y morir si es preciso en el cumplimiento de su deber?

—¡Lo juro!—repuso el joven posando su mano sobre la biblia.

—Pues yo, en uso de las facultades que poseo, le nombro *sheriff* de I.ittle Lake y le impongo esta estrella, que no deberá consentir que nadie mancille.

Prendió con mano temblorosa una estrella plateada en el pecho de Sol y luego extendió el nombramiento. El joven lo guardó en su bolsillo y se dispuso a salir.

—Gracias, señor Byrnes; reitero mi promesa y voy a empezar a cumplirla. Abajo hay un lobo y dos feroces crías que deben estar esperando mi salida para eliminarme. Voy a ver si la suerte me acompaña.

El juez le hizo una seña y, abriendo una ventana, se asomó al exterior. Luego pasó a una habitación inmediata cuyas luces daban a la calle contraria y examinó ésta. Cuando regresó dijo a Sol:

—Escuche. En la calleja por donde ha venido usted tiene emboscados a Claude Taft y a su hijo mayor, Rex. Se han amparado en los quicios de una puerta y vigilan su caballo parado en la misma esquina. En cambio, en este lado de la calle principal, sólo está Jim, el pequeño. Se ha ocultado en el mismo quicio de la puerta de salida y empuña un revólver. No sé qué le sucede que tiene la mano derecha pendiente de un pañuelo anudado al cuello.

—Yo sí sé lo que le sucede, señor Byrnes. Eso es consecuencia de una caricia que le hice anoche, cuando intentó matarme a través de la ventana de mis oficinas cuando conversaba con su padre. Le di un tiro en la mano y le obligué a soltar el revólver dentro de la habitación.

—Le admiro, Sol—afirmó el juez—, tiene usted nervios de acero.

—Los que hacen falta para tratar a esta gente. Me voy.

—¿Cómo va usted a salir si le tienen cercado?

—No se preocupe que yo les burlaré lindamente. Sus informes son suficientes para ello. ¡Adiós, y confíe en mí!

Tomó su sombrero, abandonando la habitación, y dirigiéndose a la mujer que salía al pasillo para acompañarle, dijo:

—Señora, si tiene interés en terminar lo que está haciendo, vuélvase a la cocina y no me siga, que los aires que van a soplar aquí dentro de poco, no serán muy saludables.

Luego, dirigiéndose al juez, indicó:

—¿Me presta usted ese bastón?

—¿Por qué no? ¿Para que lo quiere?

—Para emplearlo de trampa y burlarme de esos cochinos.

—Espero que todo marche mejor que pensábamos.

—Lléveselo—dijo el juez con indiferencia.

Sol tomó el sombrero y atravesó el pasillo, llegando hasta la misma puerta donde se detuvo. Luego colgó su sombrero de la punta del bastón, empuñó el revólver con la mano derecha y abriendo de un tirón la puerta, mostró el sombrero en el vano quedando oculto tras la hoja.

Vibró una detonación que turbó el silencio que reinaba en la calle, y Sol, de un salto, cayó sobre el cuerpo de Jim que se había apresurado a penetrar en el pasillo, creyendo disparar sobre su enemigo, dejando caer sobre su cráneo la culata de la pesada arma.

Jim, mermado de facultades por la herida de la mano, lanzo un gemido y soltó el revólver, llevándose la mano sana al sitio golpeado, y Sol, con un movimiento rápido, le colocó un par de esposas de las tres que se había echado al bolsillo.

Cuando el forajido quiso reaccionar y darse cuenta de que Sol le había engañado poniéndole como espejuelo el sombrero se encontraba esposado, y sintiendo un terrible dolor en la mano herida a causa de la presión del acero. Sol, burlón, le empujó hacia fuera poniéndole como pantalla delante de él al tiempo que decía:

—Tengo un gran placer en conocerle, señor Taft júnior.

CAPÍTULO IV

«EL VENGADOR» CIERRA UN TRATO



ESPUÉS de este saludo irónico, Sol aferró reciamente al cautivo, que rugía como un lobo en una trampa, y enderezándose delante de él para que le sirviera como escudo, esperó.

Estaba seguro de que la detonación atraería al resto de los Taft, y tenía que contenerles en sus ímpetus, poniendo como protección a sus disparos, el cuerpo de Jim.

Sol no se había equivocado. Apenas tuvo tiempo para afianzar la espalda contra la pared, sosteniendo por el cuello de la chaqueta a su prisionero, cuando doblaron la esquina Claude y Rex, que, con los revólveres empuñados, acudían en socorro de su familia.

Pero un mudo asombro paralizó sus manos y sus pies al descubrir que Jim protegía con su cuerpo el de su enemigo, y que éste tenía apoyado el cañón de su revólver en la espalda del joven forajido.

Con acento irónico, exclamó:

—¿Qué sucede, mi buen amigo Claude? ¿Le ha entrado a usted el temblor en la mano y no se atreve a disparar? ¿Y a ti, buen mozo, te ha dado alguna parálisis?

Claude, arrojando espuma por la boca, gritó:

—¡Suelte a Jim, Sol! ¡Suéltele o le asaré a tiros!

—Pero no será antes de que yo haya dejado frito a su dulce vástago. Cálmese, y aprenda a perder, que es muy saludable.

—¡Suelte le digo, o disparamos!

—Inténtenlo si quieren deshacerle de él. Seremos tres a convertirle en un colador.

Claude, dándose cuenta de su impotencia, rechinó los dientes rabiosamente, pero no se atrevió a disparar, y en cuanto a su hijo le miraba, mitad con asombro mitad con rabia como culpándole de aquella trágica situación.

Sol, dándose cuenta de su ventaja, que podía ser manumitida si les daba tiempo a reflexionar, exclamó:

—Óigame, Claude: usted me conoce y sabe que no amenazo en vano. Como verá, he jurado el cargo de *sheriff* y ahora es más peligroso disparar contra mí; pero eso es aparte. Les doy dos minutos para dejar los revólveres en tierra y separarse diez metros de ellos. Si no lo hacen, mataré como a un gallo a su hijo y luego me liaré a tiros con ustedes dos.

Claude, indeciso, preguntó:

—¿Qué ventaja vamos a gozar si le obedecemos?

—¡Salvar la vida de su hijo!

—¿Para que le ahorque después? Para eso prefiero aceptar la pelea, y, si él cae, usted no se escapará.

—No sea tonto y no diga majaderías. Puedo ahorcar a su hijo siquiera sea justificando que anoche quiso matarme a mí, pero no lo haré. Me lo reservo para algo más útil, de momento, sin que esto quiera decir que no le ahorque en otra ocasión.

—¿Qué es lo que pretende? —preguntó Taft, intrigado.

—Ya se lo diré después. Ahora si quiere que no le deje su cadáver entre las manos, dejen sus armas en el suelo y obedezcan. Después, dentro de un par de horas, venga a visitarme a mis oficinas. Tengo que proponerle algo que quizá le convenga.

—¿Sobre qué?

—Sobre la posible libertad de su hijo.

—¿Chancea? Usted lo que pretende es que yo me meta también en una trampa y deshacerse de los dos.

—Si fuese esa mi idea, ya podía haber disparado sobre ustedes hace un rato y haberles liquidado. No lo he hecho por una razón particular. Hágame caso, que le conviene.

Claude, después de un momento de vacilación y comprendiendo que estaba cogido, arrojó sus armas con rabia al suelo e hizo un gesto a su hijo Rex para que le imitase. Este se resistió, pero Claude, rabioso, se dirigió a él, gritando:

—¡Yo soy quien manda! ¿Sabes? Tú obedeces y callas.

Rex, dejó los revólveres, rugiendo:

—¡Ojalá no tenga que arrepentirse de este momento de cobardía!

Los dos se separaron a la distancia indicada, y Sol, avanzando con su prisionero, recogió las armas y se las guardó en el bolsillo.

Luego emitió un silbido especial y «Stard» acudió rápido a la llamada.

Sol, empujando a Jim, ordenó:

—¡Monte!

Como el forajido tenía las manos trabadas, su enemigo le ayudó a subir, y cuando se halló en la silla le dejó para dirigirse a Claude, diciendo:

—No olvide que le espero dentro de dos horas en mis oficinas para

hablar de negocios. ¡Ah! Vaya solo, porque yo, con niños que aún tienen el biberón en los labios no quiero tratar nada.

Rex, iracundo, gritó:

—¡Algún día nos veremos frente a frente y te haré tragar esos insultos!

—Y yo a ti el biberón, querido.

Entretanto, Jim, al verse sobre la silla y observar a Sol enzarzado en discutir con los suyos, concibió el descabellado proyecto de huir, aprovechando el caballo y las inocentes ventajas que le daba Sol al no preocuparse de él y, decidido, clavó las espuelas en el vientre de «Stard» para obligarle a emprender la huida.

Pero el caballo, el sentir la brutal caricia, en lugar de salir disparado, se encabritó y de un salto enorme, arrojó a Jim a tierra, donde recibió un terrible porrazo.

Sol, le ayudó a levantarse, diciendo fríamente:

—Si me ha creído usted tonto, espero que rectifique ese juicio a su costa. Mi caballo odia a los forajidos, y si ahora le mandase que le estrellase contra aquella pared, lo haría sin que nadie pudiese evitarlo.

Le ayudó a montar de nuevo y colocándose de un salto delante de él, ordenó:

—Y ahora, señores míos, hagan el favor de caminar delante de mí basta llegar a mis oficinas. No quiero llevar batidores a la espalda, por si acaso.

Padre e hijo rezongando, se vieron obligados a obedecer, y Sol, sonriendo irónicamente, les obligó a caminar por la calle principal, en la que todos los clientes de los establecimientos y los dueños de los mismos, contemplaron con asombro y regocijo mal reprimido aquella extraña y denigrante cabalgata.

Cuando Sol cruzó ante la herrería, se detuvo un momento para decir al herrero:

—¿Posee usted un buen surtido de herraduras?

—No ando mal de ellas. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque dentro de unos días le traeré a herrar a este trío de mulas.

Y riendo la gracia, se alejó, mientras el herrero, más divertido que él, se ocultaba en su establecimiento para que los Taft no le oyesen desternillarse a carcajadas.

Cuando llegaron a la plaza donde se hallaban las oficinas, se cruzaron con algunos transeúntes que, llenos de curiosidad, se detuvieron a contemplar el grupo, pero cuando observaron que se trataba de los Taft, se apresuraron a seguir su camino.

A sus oídos, había llegado el valor y el reto de Sol; pero temían que la partida no estuviese aún ganada por éste y las represalias podían ser sangrientas. Solamente cuando les viesen bailar pendientes de una

cuerda, podrían exteriorizar a gusto su regocijo.

Sol, se detuvo a las puertas de la oficina, y dirigiéndose a Claude y a Rex, dijo:

—Muchas gracias por su amabilidad acompañándome hasta aquí. No les invito a acompañarme a almorzar, porque me figuro que se les indigestaría la comida.

Claude, con los dientes enclavijados, contestó:

—¡Me las pagará usted, Sol! ¡Le juro, como me llamo Claude Taft, que me las pagará! Y si sueña con que se va a deshacer de mi hijo impunemente, está equivocado…

—Bien, venga dentro de un par de horas, que estará un poco más tranquilo, y hablaremos. Ahora estoy muy apurado de tiempo.

Se quedó en la puerta hasta verles desaparecer de la plaza, y cuando se creyó a salvo de una agresión inopinada, apeó a Jim y le obligó a penetrar en las oficinas.

El forajido, mustio y hermético, no decía ni palabra, y Sol, mirándole con desprecio, exclamó:

—¡No sea tan cobarde y no tiemble! Por esta vez, va a salvar su vida gracias a una circunstancia fortuita; pero no siempre sucederá así, y espero que esta prórroga de vida que voy a concederle, sea tan breve que no tenga tiempo de gozarla.

Le ató sólidamente los pies, le quitó las esposas para atarle los brazos de forma que no presionasen sobre la herida y llevándole a una de las habitaciones interiores, le dejó encerrado.

Luego, se dedicó a prepararse una buena comida. Llevaba muchas horas sosteniéndose de pobres conservas y su estómago reclamaba algo más sólido.

En la cocina, encontró un saco, lleno de sabrosos porotos que puso a cocer en una olla en el hogar y luego, se dedicó a amasarse un buen par de tortas. Añadió a la olla, unos trozos de tasajo y algunas especias, asó dos lonchas de tocino y, mientras devoraba el condumio, dejó cocer un pote de agua para prepararse el café.

Mientras se dedicaba a esta operación, su cerebro trabajaba activamente en un proyecto que había concebido cuando capturara a Jim. Cierto era que este proyecto le iba a privar de empezar la cuelga rápidamente, pero su sensibilidad le obligaba a demorar la cuelga y con ello, a aumentar los peligros que estaba corriendo.

Cuando terminó el almuerzo, encendió su pipa y salió a la puerta a esperar a Claude. Sabía que éste no dejaría de acudir a la cita preocupado como estaba con la vida en peligro de su hijo.

Cuando le vio desembocar por una de las calles que daban a la plazuela, empuñó con disimulo el revólver y esperó.

Claude avanzaba impaciente braceando con furia, y Sol observó que no llevaba revólver al costado.

Se acercó a las oficinas, diciendo:
—Bien, ya estoy aquí. ¿Cuál era su proposición?
Sol indicó con un dedo:
—¿Me permite que me cerciore de que no trac armas? Discutiríamos mejor el asunto sin preocuparnos de buscar una postura incómoda en la silla para sacarlas más rápidamente.
Claude, se quedó dudando y luego, dijo:
—¿Qué pretende, que me entregue a usted atado de pies y manos?
Sol, comprendiendo sus lógicos escrúpulos, contestó:
—Le doy a usted mi palabra de honor de que nada de eso sucederá. Usted, desde luego, podrá abandonar mis oficinas sin que me aproveche de su indefensión. En cuanto a su hijo, de usted depende llevárselo también o no.
Claude le miró a los ojos, y luego, abriendo los brazos, dijo:
—Regístreme si quiere. Vengo desarmado.
—Perfectamente; acepto su palabra. Pase.
Taft, penetró en las oficinas y miró ansiosamente a todos los lados; pero Sol, ofreciéndole una silla, indicó:
—No le busque, que no le encontrará. Le tengo a buen recaudo.
Claude se resignó. Sabía que, con aquel hombre de acero, no cabían sorpresas.
—Bien, dígame de qué se trata.
—Únicamente de una tregua, Taft. Ni renuncio a colgarles de una encina, ni espero que ustedes renuncien a deshacerse de mí, porque me he convencido de que son ustedes hombres que anteponen el orgullo al sentido común. Son tan neciamente soberbios, que desaprovechan una mínima oportunidad de salvar sus vidas por una remota esperanza de vengar ese orgullo herido.
—¡Adelante!—gruñó impaciente el viejo—. ¿Es eso todo lo que tenía que proponerme?
—No. Hay algo más serio. Escúcheme, y piénselo. Ustedes han cogido en rehenes a la hija del juez, señor Byrnes, creyendo que con ello evitarían que me tomase juramento y yo pudiese obrar libremente con toda mi autoridad de *sheriff*. Se habrá convencido de que el esfuerzo ha sido tonto.
—¿Usted cree? El podrá haberse reído de nosotros siendo tan estúpido que ha puesto su buen nombre por encima de su cariño de padre. Cuando no vuelva a verla, se convencerá de su error.
—Espero que la vea muy pronto, Claude.
—¿Por qué?
—Porque si usted profesa la teoría de que debió anteponer su cariño de padre a cualquier otro sentimiento, hará lo que piensa, y se preocupará de salvar antes la vida de su hijo Jim.
—¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—Mucho. Jim está en mis manos. He podido colgarle impunemente, y aún no es tarde. Usted puede salvarle, al menos de momento, a cambio de devolver al juez su bija. Eso es todo.

—¡Jamás!—rugió Claude—. ¡No se la devolveré viva!

—Bien, en ese caso, piense que en cuanto salga usted de esta oficina, yo colgaré a Jim y tampoco se lo devolveré vivo.

Claude palideció al oír la amenaza. Conocía bien a Sol y estaba seguro de que éste no amenazaba en vano.

Como un oso herido, se levantó, arrojando a un lado la silla y abrió los brazos para atenazar a Sol; pero el revólver de éste le contuvo:

—Siéntese, y no me haga escenas, que las detesto. Usted puede o no puede condenar a su hijo a la horca, pero lo que no puede hacer es asustarme a mí.

Claude, sudoroso y febril, rugió:

—Pero si le mata usted, le desharé en pedazos.

—Eso ya me lo ha prometido usted antes. Ya sé que necesita una pistolera de mi piel; pero, amigo mío, la cosa es muy difícil, porque primero hay que desollarme.

Claude, se quedó un momento indeciso y luego dejó brillar una luz maliciosa en sus ojos, que a Sol no se le escapó.

—Bien—dijo—, deje en libertad a Jim y yo dejaré en libertad a la muchacha.

—Bueno, Claude—repuso Sol—, si se está usted volviendo viejo y por eso me cree tonto, lo siento por usted; eso le llevará más de prisa a la horca. No seré yo quien suelte a Jim y luego usted suelte a la muchacha, sino todo lo contrario.

—¿Qué quiere decir?

—Que Jim no saldrá de mis manos mientras la hija del juez no esté libre y camino de algún sitio alejado de este pueblo. Si así le conviene, acéptelo, y si no, haga lo que desee, pero su hijo no tendrá más tiempo de vida cuando haya salido usted de aquí, que el que emplee en rezar un padrenuestro, si es que sabe algo de oraciones.

Claude tembló de ira al saber descubiertos sus planes y después de luchar con su orgullo y el cariño a su hijo, terminó por decir:

—Está bien, usted gana. ¿Qué he de hacer?

—Busque a la hija de Byrnes donde la tenga encerrada y vuélvasela a su padre. Cuando éste venga a mí a decirme que la chica está en lugar seguro, lejos de sus garras, pondré en libertad a Jim.

—¿Quién me lo garantiza?

—Siendo yo el que promete, mi palabra. Si fuese usted, nadie.

El bandido se mordió los labios ante el nuevo insulto y, levantándose de la silla, rugió:

—¡Está bien! Las circunstancias le ayudan y es usted ahora más fuerte que yo, pero cuando mi hijo esté libre.

—¡Un momento!—advirtió Sol—. Cuando su hijo esté libre les pondré a ustedes tres en la carretera a cinco millas de este poblado, y si sienten la tentación de querer regresar a él, miren bien por dónde lo hacen, pues pudiera suceder que los que hoy tiemblan cobardemente ante ustedes, les estén esperando en algún lugar estratégico para coserles a tiros. Es un consejo por el que no les voy a cobrar nada.

Claude, cada vez más rabioso, se apresuró a abandonar las oficinas. Estaba sufriendo el trato más cruel que sufriera en toda su vida y se sentía reventar de ira al saberse impotente para cobrarse los ultrajes.

Pero en su alma vil y rastrera, se agrandaba la semilla del odio y de la venganza. Devolvería al juez su hija, porque sabía que sólo esto daría la libertad a Jim; pero en el momento en que éste se viese libre, juraba por todos los demonios cobrarse cumplidamente los malos ratos sufridos, y buscaba, sin encontrarlo, un tormento adecuado que aplicar al hombre que tau odioso se le había hecho.

CAPÍTULO V

PREPARANDO EL CONTRATAQUE



L día transcurrió sin ninguna otra novedad. Sol, se preocupó de dar de comer a su prisionero y cuando llegó la noche, tras reforzar sus ligaduras, durmió en el pasillo atravesado sobre la puerta para evitar cualquier intento de fuga; pero nada sucedió que alterase la aparente calma que reinaba en torno a sus oficinas.

Sol había enviado por medio de un muchacho un aviso al juez dándole cuenta del trato que había cerrado con Claude, y rogándole que apenas recibiese a su hija se apresurarse a enviarla fuera del poblado para evitar un segundo rapto u otra represalia más sangrienta, y a la mañana siguiente, Byrnes, muy emocionado, se presentó en las oficinas a darle las gracias por su generoso rasgo.

—No sé cómo pagarle lo que ha hecho por mí, Sol—dijo—. Me ha devuelto usted la vida con su acción.

—No he hecho más que corresponder. Usted antepuso todo al cumplimiento del deber y debía hacerlo así. Si hubiese sabido dónde tenían encerrada a la pequeña, ayer mañana pude haber eliminado a los tres, evitándome tener que empezar de nuevo.

—Lo comprendo y lo lamento, De todas formas, sepa una cosa. Puesto a salvo mi hija, cuente conmigo para todo. Si hay que jugarse la vida con ellos, no me importa. Lo haré con la misma voluntad que usted.

—Gracias. Si llega el caso, recurriré a Usted. ¿Cuándo le devuelven la muchacha?

—Dentro de dos horas. Ya tengo todo preparado para enviarla a Junction, donde tengo una hermana.

—Bien. Hágala salir inmediatamente de que llegue a su casa, y luego vuelva por aquí. Cuando vengan los Taft cumpliré mi palabra y les devolveré a Jim; pero para acompañarlos cinco millas fuera del pueblo y prohibirles su regreso. Ya sé que será tonto, pues, su amor propio no les permitirá verse echados como a coyotes; pero entretanto

espero reclutar a gente que tenga algo de sangre en las venas y forme un cordón sanitario en tomo al pueblo que les reciba a tiros si vuelven.

El juez abandonó las oficinas, radiante de gozo, y se dirigió a su casa a esperar impaciente el retorno de su hija, la cual le fue entregada en el plazo marcado.

Byrnes tenía ya preparado su calesín con dos hombres de confianza y, apenas abrazó a su hija, la hizo subir al coche, colocó en él el equipaje que ya tenía en orden y dio orden de partir.

Solamente el conductor sabía el itinerario; para más seguridad salió del pueblo por una ruta contraria para después dar la vuelta y tomar el verdadero camino.

Claude y Rex vieron partir el coche con los ojos inyectados en sangre, y dirigiéndose bruscamente al juez, Claude amenazó:

—No se sienta tranquilo, Byrnes, que el juego no ha concluido aún. Jim se verá libre, y entonces empezará de nuevo la partida.

—Pero jugaremos en ella algunos más que antes no habían entrado en baza—replicó el juez bravamente—. Ahora no me asustan sus revólveres y no será solamente Sol King quien les persiga como lobos sino yo y algunos más.

—Ya hablaremos de eso. Yo también tengo gente dispuesta a secundarme si es preciso, y si ustedes se empeñan en que haya batalla, la habrá y sangrienta.

—Bueno, si no podemos evitarla, la ganaremos.

Los tres se dirigieron a las oficinas de Sol, el cual les esperaba estudiando la situación.

Cuando aparecieron en la plaza, observó que los Taft llevaban al cinto colgados los revólveres y, dándoles la voz de alto, gritó;

—¡Un momento! Si quieren entrar aquí vivos hagan el favor de sacar las cápsulas de su ferretería. El juego no ha terminado aún y yo soy el que tiene aún los ases en la mano.

Claude rabioso, abrió el tambor y extrajo las balas que guardó en su bolsillo. Rex le imitó:

Pero el juez que no perdía de vista la operación, alargó la mano y aferrando el arma de Rex, advirtió:

—Un momento: es usted muy distraído y se le ha olvidado sacar todas. Deme ese revólver que yo le revise.

Rex se lo entregó de mala gana y el juez dejó caer en la palma de su mano un proyectil.

—Está usted jugando con trampas y no se da cuenta del peligro. He podido dejarle esa bala en el revólver y abrasarle los sesos al primer movimiento mal hecho. Pasen.

Penetraron en las oficinas, y Sol se internó en la casa para volver poco después en unión de Jim.

Este se hallaba bajo los efectos de un ataque de rabia tremendo y, sin medir el peligro, hizo intención de arrojarse sobre Sol, quien levantó el revólver para aplicárselo al cráneo, pero Claude intervino rápidamente, sujetando su brazo en el aire.

—No seas necio, Jim—bramó. Tiempo te queda para sacarle los hígados sin exponerte tontamente.

Sol no hizo caso de la amenaza, y encarándose con Claude, advirtió:

—¿Dónde tiene usted sus bártulos?

—No creo que le interese gran cosa.

—Bien, allá usted. Se lo advierto porque van a salir por delante de nosotros cinco millas fuera del pueblo y no van a regresar más a él. Si intentan hacerlo, aténganse a las consecuencias.

—Eso es cuenta nuestra—repuso salvajemente Claude.

—Entonces, andando—advirtió Sol—. No tengo ganas de perder tiempo.

Los cinco montaron a caballo, y Sol, unido al juez, se puso a retaguardia del grupo con las armas empuñadas. La caravana dejó atrás el pueblo y se internó por la llanura con dirección al río Beaver. Sol no deseaba permitirles que se encaminasen a las estribaciones del Volcanic, donde podían encontrar refugio para estar más cerca del pueblo.

Cuando llegaron a un lugar bastante distanciado, Sol se detuvo, diciendo:

—Están ustedes en libertad para seguir adelante todo seguido. Tengan en cuenta que si le veo a alguno volver la cabera o hacer un movimiento mal hecho me liaré a tiros y daré fin de ustedes. La tregua ha terminado y ya no hay palabra por medio que me detenga.

Los forajidos, que llevaban los revólveres sin cargar, comprendieron que si intentaban ponerlos en condiciones de funcionar no les darían tiempo a ello y, poniendo sus caballos al galope, emprendieron la marcha, no sin que Claude se volviese para decir:

—Nos veremos, Sol, y cuando nos veamos de nuevo el mundo le va a parecer pequeño para huir.

—Ya encontraré al paso una encina que me detenga el tiempo suficiente para colgarles. Adiós, y procuren poner mucha tierra por medio.

Los forajidos desaparecieron en la lejanía entre nubes de polvo; Sol y el juez se quedaron en el mismo lugar vigilantes, por si sus enemigos intentaban rápidamente el regreso.

Pero pasó cerca de una hora sin que diesen señales de vida, y el juez, respirando con desahogo, exclamó:

—Creo que lo han pensado mejor, Sol. Le han tomado miedo y no

volverán.

—No pienso yo lo mismo, señor Byrnes, Apostaría que lo intentarán cuando menos lo sospechemos. Claude no es de los hombres que poseen madera de cobardes y menos de los que se tragan una humillación. Volverán, aunque sepan que se juegan el cuello en el envite.

Cuando regresaron al pueblo, la tarde estaba ya vencida, y Sol se dirigió a la calle principal, donde la gente se había reunido comentando el suceso y llenando las tabernas, ahora que nada tenían que temer.

Sol eligió la más concurrida y penetró en el interior, Alguien intentó aplaudirle por su valentía, pero el *sheriff* circunstancial, impuso silencio con un gesto, diciendo fríamente:

—Yo esperaba de los hombres de este pueblo algo más que gestos de barraca de feria.

Todos bajaron la cabeza avergonzados, hasta que uno más decidido se atrevió a decir:

—¿Qué podíamos hacer nosotros sin autoridades y sin alguien con iniciativas para emprender una acción?

—¿He necesitado yo que nadie me organice para hacer frente a esa carroña? ¡Sois todos, un hatajo de cobardes!

Luego, disponiéndose a abandonar la taberna, añadió:

—Tan cobardes, que ni capaces os creo de formar una guardia que vigile las entradas del pueblo por si se les ocurre volver de nuevo como han prometido.

Una docena de clientes se adelantaron hacia Sol, diciendo:

—Usted no tiene derecho a humillarnos tanto. Disponga qué se debe hacer y cumpliremos con nuestro deber.

—¿Sin correr como conejos ante un lobo?

—¡Pruebe, y después juzgue!

—En ese caso necesito un puñado de «hombres» que, rifle al brazo, vigilen las entradas esta noche. Pudiera suceder que, aprovechando las sombras, intentaran volver de nuevo, y yo no me voy a pasar la vida sin dormir para proteger a tanto cobarde.

En tropel abandonaron la taberna dando gritos y llamando a varios compañeros y, media hora más tarde, más de dos docenas de jinetes bien armados se diseminaban por las afueras del pueblo dispuestos a recibir a tiros a los forajidos si osaban regresar de nuevo.

Sol, tranquilo con estas medidas se retiró a sus oficinas, despidiéndose del juez. De momento, estaba seguro de que nada sucedería; pero estaba más seguro de que no tardando mucho intentarían darle una mortal sorpresa.

Cuando penetró en la oficina algo llamó su atención y, dirigiéndose a la mesa, descubrió sobre ella una nota que él no había dejado, pero

cuya letra reconoció apenas echó la vista encima de ella.

Estaba escrita con los mismos finos y elegantes rasgos que el aviso hallado en el árbol: Sol no dudó en afirmarse que el jinete fantasma que le advirtiera del peligro que corría penetrando en el pueblo había vuelto a dar señales de vida, violando sus oficinas durante su ausencia.

Intrigado, tomó la nota y leyó:

> «Eres un valiente, Sol; el más valiente de todo el Oeste, y con razón tu fama es conocida en todas partes; pero no te confíes ni creas que has dado fin a tu tarea. Los Taft no volverán de momento, porque tienen algo más interesante que hacer fuera del poblado. De una manera casual me he enterado que piensan asaltar la diligencia que va al Valle de Escalante. Esta llevará en la valija del correo una buena cantidad de dólares para algunos ganaderos del valle y les interesa dar este golpe antes de dedicarse a ti.
>
> »Estate alerta, y si quieres batirles con ventaja, organízate para salirles al paso de la diligencia.
>
> «Un buen amigo.»

Sol se quedó perplejo con la nota en la mano. El dinamismo a que se había visto sometido desde que llegara al pueblo le había hecho olvidar al misterioso jinete; pero ahora, ante aquel nuevo aviso que éste le dejaba, se sentía más intrigado que nunca y se preguntaba quién podía ser y por qué se tomaría tanto interés en sus asuntos.

Cansado de dar vueltas al caso, decidió visitar a Byrnes. Quizá él, como más conocedor del poblado, podría darle algún dato que le pusiese sobre la pista del «buen amigo» que así le ayudaba dentro del anónimo.

Cuando el juez le vio llegar a su casa a hora tan avanzada, se mostró inquieto, preguntando:

—¿Qué sucede, Sol, algún nuevo contratiempo?

—Sí y no. Haga el favor de leer eso que me he encontrado sobre la mesa de mi despacho.

El juez leyó atentamente la nota y luego preguntó:

—¿Qué amigo es éste, Sol?

—El diablo que lo sepa, señor Byrnes. Precisamente he acudido a usted por si podía facilitarme alguna pista.

—¿Yo?—preguntó asombrado Byrnes—. ¿Cómo voy a saber qué amigos tiene usted aquí?

—Yo tampoco lo sé y no creí tener ninguno. Quisiera poder localizarle.

—¿Cómo?

—Lo ignoro. Lo que más me extraña es este incógnito que guarda.

Me explico que fuese así cuando me dejó el primer aviso clavado en el árbol. Los Taft estaban aquí y podían tomar represalias sobre él, pero ahora...

—Es cierto. No he visto nunca nada más chocante.

—Lo que yo me pregunto es cómo sabe que se va a asaltar la diligencia del valle.

—Eso no tiene nada de extraño. A lo mejor, los Taft han hablado más de lo debido en algún sitio y ha captado la conversación.

—Así debe ser, pero, ¿por qué sigue ocultándose?

—No querrá que sepa usted que le ayuda.

—¿Por qué?

—El diablo que lo sepa, digo yo también, pero sus motivos tendrá.

—Lo que me está chocando más—afirmó Sol—es recordar los rasgos de ese jinete. No era un tipo burdo, ni áspero; al contrario, poseía una línea fina y flexible, un aire distinguido, un movimiento elegante al moverse en el caballo, algo especial que no recordaba a nadie concretamente.

Byrnes, sonriendo, insinuó;

—¡A ver si se trata de alguna incógnita adoradora que está loca de amor por usted y no se atreve a confesárselo!

Sol enrojeció al oírle y repuso:

—¿Por mí? ¡Si yo sólo he tratado a una mujer y ésa está a bastantes millas de aquí!

—¿Y qué tiene que ver? Su nombre está aureolado por la fama, corre de boca en boca, es usted el héroe legendario del Oeste y eso hace que muchas jóvenes que usted no conoce suspiren al oír su nombre y se sientan enamoradas de usted platónicamente.

—No diga niñerías, señor Byrnes. Eso está bien para las novelas. Es cierto que los rasgos de ese jinete son de una finura propia de una mujer, pero no me negará usted que hay hombres de cintura flexible y carnes escurridas que tienen una bonita lámina a caballo.

—No lo discuto, pero todo eso es muy misterioso y hasta femenino. Escuche. Una mujer no se siente con sangre suficiente para tomar parte en peleas de hombres, pero sí posee el valor de avisar al hombre que le gusta y ayudarle dentro del terreno que a ella le sea propicio. Es más, como mujer, puede maniobrar con más impunidad que los hombres y adquirir ciertos datos que un hombre no podría. Entonces, no queriendo darse a conocer a él, ni demostrarle su debilidad de sexo, apela a esa argucia y, así, ayuda al hombre que le gusta hasta donde puede y no se siente ruborizada de dárselo a ver. ¿Qué le parece?

—Que está usted delirando o demasiado optimista. En fin, esperemos a ver si vuelve a dar la cara y descubrimos el anónimo. Eso me tiene más intrigado que saber lo que van a intentar los Taft.



Intrigado tomó la nota y leyó...

—A propósito de eso—arguyó el juez—. ¿No piensa tomar en consideración el aviso?

—¿Cómo no? Me está preocupando desde que lo recibí.

—¿Piensa hacer algo?

—Es natural. Pienso que eso asalto me sirva de cebo para acabar

con esa maldita familia de forajidos.

—Dirá usted para que acabemos. Yo no me separo ya de usted hasta que no terminemos con esa pesadilla y donde usted vaya a exponer su vida iré yo.

—Muchas gracias, señor Byrnes; es usted un hombre leal.

—Y agradecido. Usted me ha devuelto a mi hija.

—Dígame—interrumpió Sol—. ¿Cuándo pasa por aquí la diligencia del valle?

—De no haberle sucedido nada, mañana a regular hora de la tarde.

—Eso quiere decir que tenemos la noche de hoy y el día de mañana para descansar y tomar nuestras medidas.

—Tal creo. Con un golpe así a la vista los Taft no se mostrarán tan tontos que regresen ahora y estropeen el negocio.

—Lo mismo sospecho yo. Bien, voy a ir a la estafeta de Correos y a la casa de Postas a enterarme de algunos detalles sobre la valija del vehículo y tomar precauciones y medidas a tono con ellos. Ya le tendré al corriente para discutir lo que se deba hacer.

—Así lo espero, Sol. Tengo tanto interés como usted en meter alguna bala en el pellejo de esos granujas.

Sol abandonó la casa del juez muy preocupado y regresó a sus oficinas, donde pasó varias horas de la noche en vela, pensando sin cesar en el misterioso jinete.

CAPÍTULO VI

ENTRE EL .PLOMO Y EL FUEGO



OMO Sol había supuesto, nada sucedió durante la noche. Los vigilantes rondaron por los aledaños del pueblo con el rifle al alcance de la mano sin descubrir nada sospechoso, y cuando amaneció el día, se retiraron, dejando sólo algún espía atalayando la llanura.

Sol se propuso preparar todo para un seguro encuentro con los Taft y se dirigió directamente a la Administración del Correo a informarse sobre el contenido de la valija.

El administrador nada le pudo decir con seguridad. Según sus informes, la diligencia solía transportar dinero para los ganaderos del valle, pero nunca se sabía con seguridad si lo acarreaba ni cuánto.

Para poder establecer algo seguro, telegrafió a Parowan, Hatch, Erpic y Henriville, los pueblos más importantes de la ruta, y poco más tarde se supo que desde algunos de los citados pueblos se enviaba dinero por una buena cantidad de dólares.

Con esta seguridad, visitó al director de la casa de Postas donde debía hacerse el relevo de los caballos, y el director, hombre serio y experimentado, le dijo:

—Hasta ahora no ha sucedido nada en la ruta, pues esta parte de la región se ha mostrado siempre muy tranquila; pero yo siempre he temido que algún día los forajidos se fijasen en ella y nos diesen un susto. El lugar que atraviesan hasta llegar aquí es propicio para cualquier emboscada y aunque James Madison es un hombre muy entero, me parece poca guarda para el vehículo.

—¿Quién es James Madison?

—El mayoral. No se asuste si le digo que fue cuatrero hace algunos años y que, perdonado por el *sheriff* de Junction, se convirtió, no sólo en persona decente sino en hombre de entera confianza. Es de un valor a prueba y de una honradez comprobada.

—¿Suele traer muchos viajeros la diligencia?

—Hasta aquí, bastantes; luego decrece mucho, pues todo el tráfico

del valle se hace a través del Sud Pacific, que absorbe el movimiento.

—¿Conoce usted lo suficiente el camino de aquí al empalme con el ferrocarril para ilustrarme sobre los lugares más propicios para un asalto?

—Hay algunos, sobre todo cerca de Lund, El más peligroso es el desfiladero de los Cedros. Es un lugar magnífico, porque por allí la diligencia baja encajonada y tiene que frenar para no deslizarse por la enorme pendiente o caer al precipicio que se abre a la izquierda. Es mal sitio para un ataque.

—¿No hay más lugares peligrosos?

—Como ése, no. Lo demás casi todo es llano.

—Bien, creo que tengo suficiente con lo que me ha expuesto. Cuando llegue la diligencia esta tarde, yo vendré para ocupar un asiento en ella. Me propongo saludar a los señores Taft si se sienten con agallas para pretender asaltarla.

Se fue a ver a Byrnes, a quien le dio cuenta de cuanto sabía, y el juez se apresuró a afirmar que le acompañaría en la peligrosa excursión.

—Se discutió la utilidad de hacerse acompañar por algún habitante del poblado, pero Sol los repudió diciendo:

—No; no tengo confianza en ninguno cuando sepan que se las van a ver con seguridad frente a los Taft y en un lugar tan peligroso. Siendo solamente tres, creo que, con usted, el mayoral de la diligencia, del que me han hablado muy bien, y yo seremos suficientes.

El juez no arguyó nada en contra. Al lado de Sol, tenía una confianza ciega en el triunfo.

Prepararon sus armas, repasándolas minuciosamente y, sin nada que hacer, se dedicaron a esperar la caída de la tarde.

Sol, intrigado, tomó su caballo y se dedicó a pasear por las afueras del pueblo, sobre todo por el lugar donde viera por única vez al misterioso jinete. Iba con la esperanza de descubrirle entre algún risco o recoveco de la sierra cercana, pero, aunque dedicó más de dos horas a la búsqueda tuvo que regresar tan defraudado como salió, Aquel jinete era su obsesión y se prometía descubrirlo antes de seguir adelante, pues no había misterio a su espalda que él no estuviese decidido a descifrar.

A media tarde regresó al poblado y, dejando el caballo en las oficinas, se dirigió a la casa de Postas.

Tres viajeros de la localidad esperaban la diligencia para dirigirse a Lund, y Sol, estimando que cuanta menos gente inútil ocupase el vehículo, mejor podrían desarrollar sus planes, les advirtió del peligro que iban a correr si se aventuraban en el viaje.

De los tres viajeros, solamente el capataz de un rancho, a quien su

jefe enviaba a Lund a resolver unos asuntos de ganado, se obstinó en no aplazar la salida, y Sol se alegró de ello, pues el *cowboy* le parecía un hombre valiente y decidido.

Poco más tarde un alegre repicar de campanillas anunció la llegada de la diligencia.

Era ésta un vehículo grande, pesado, muy alto de ballestaje, con ruedas macizas forradas de hierro y una baca habilitada para portear viajeros.

Las ventanillas del coche caían bastante altas del asiento, y este detalle agradó a Sol, pues favorecía a los que se parapetasen en el interior del coche.

Cuando los sudorosos caballos se detuvieron a la puerta de la casa de Postas, dos viajeras se apearon para quedarse en Little Salt Lake, y también se apearon para estirar las piernas, pero con ánimo de continuar la ruta, una muchacha joven, un granjero y un anciano médico que iba a tomar posesión de su cargo en un pueblo de la línea del ferrocarril.

Sol llamó aparte al mayoral y, después de examinar su ruda estampa, sus manos grandes y viriles y su rostro enérgico y un poco irónico, le dijo:

—Escuche, soy el *sheriff* de este pueblo y voy a salir en su diligencia porque tengo noticias de que piensan atacarla en el desfiladero de los Cedros. Si cree que debe guardar su pellejo libre de posibles agujeros cédame las riendas y yo haré el viaje por usted.

James Madison, que se entretenía en cortar un pedazo de negro tabaco con un enorme cuchillo de monte, midió a Sol de arriba abajo con desprecio y contestó:

—Oiga, *sheriff*, ¿con quién diablos se cree usted que está hablando? ¿Acaso no se ha informado antes de quién soy?... Hacerme esa proposición es lo mismo que llamarme cobarde, y no hay *sheriff* en todo el Oeste a quien yo le consienta ese insulto. Por seis veces he sido atacado conduciendo diligencias y le podría enseñar más de una cruz en el camino para que se convenciese de lo difícil que es agujerear la piel de James Madison.

Sol sonrió divertido al observar la indignación del mayoral y replicó:

—Eso es porque aún no le han asaltado a usted los Taft. Si los conociera, no se sentiría tan valiente.

Madison arrojó a tierra el taco de tabaco que picaba y a grandes gritos afirmó:

—¿Los Taft? ¡Maldita sea su negra alma! Hace dos meses mataron a Connally, mi mejor amigo, y no hay nada que me alegre más que tener ocasión de enfrentarme con esa manada de roñosos coyotes. Si creen que me van a sorprender a mí como al pobre John yo, le

demostraré con unas cuantas onzas de plomo que la historia no se repite.

—Bien, amigo Madison—exclamó Sol, tendiéndole la mano—, me alegra oírle hablar así; pero para que no presuma tanto y se crea que va a ser usted la salvación de la diligencia, le advertiré que yo también voy en ella.

—Muy bien, y usted, ¿quién es?

—Me llamo Sol King; algunos me han puesto de mote «el Vengador». Si esto le dice algo…

El mayoral se echó hacia atrás para examinarle mejor y luego, tendiéndole la mano, exclamó:

—Bueno, eso ya es otra cosa… Si usted es King no podré presumir de ser el mejor, pero sí de ser tanto como usted.

Sol le dejó para hablar con los viajeros y advertirles del peligro; pero éstos, una vez que supieron que contaban con tres decididos elementos para la defensa, no desistieron de continuar el viaje.

—¿Dónde lleva usted la valija? —preguntó Sol al mayoral.

—Arriba, en la baca.

—¿No puede colocarla debajo de su asiento?

—Sí. Está hueco. Quizá quepa dentro.

Entre ambos, probaron y, aunque con trabajo, consiguieron acoplarla.

—Ahora estoy más tranquilo—afirmó Sol—. Nadie sabe lo que puede suceder.

Cambiado el tiro, los viajeros subieron al interior. Había bastante nerviosismo en ellos; pero se animaron al descubrir el arsenal que portaban entre Sol, el juez y el mayoral.

Éste había atravesado sobre sus piernas un excelente rifle y llevaba a mano un enorme revólver de tambor de seis tiros.

También el capataz del rancho exhibía un magnífico Derringer, pero nadie más iba armado.

El pesado armatoste se puso en marcha en medio de un restallar de látigos, vibrar de campanillas y gritos estentóreos del mayoral animando al ganado.

Aún quedaban un par de horas de luz y Madison se proponía alcanzar el desfiladero antes de que las sombras de la noche se echasen encima.

Sol había aprovechado el equipaje de los viajeros para procurarse un mejor parapeto si las circunstancias así lo exigían. Colocados de pie en los asientos juntos a las ventanillas, achicaban los vanos de éstas y hacían más difícil poder colocar los tiros en el interior.

Cuando llegasen a las proximidades del lugar peligroso, obligarían a la mujer y al anciano a tumbarse en el fondo del vehículo y ocuparían sus puestos en las ventanillas para batir a los bandidos.

Durante más de una hora, la diligencia, a un trote endemoniado, caminó por un terreno llano cubierto de pobre hierba machacada por las heladas. Un viento frío de las sierras batía la llanura y los viajeros sentían su zarpazo en las carnes.

Poco más tarde el terreno empezó a variar. La pradera onduló como sacudida por una mano invisible y poco a poco empezaron a surgir desniveles, pequeños calveros, meandros que discurrían entre taludes de tierra reseca y en seguida empezó a dibujarse la parte montañosa.

El sol se batía en retirada de través iluminando sangrientamente el paisaje, y el mayoral, volviendo la cabeza hacia el interior del coche, advirtió:

—¡Atención!... Vamos a entrar en la parte peligrosa. Ahora subiremos un gran repecho hasta alcanzar el pico del Lobo. En lo alto, comienza a dibujarse el desfiladero que empieza ancho y luego se encajona. Cuidado sobre todo cuando tengamos que doblar el recodo de la Muerte. Ese es el sitio ideal para un ataque, porque no se puede ver lo que pasa al otro lado hasta que se dobla la curva.

Los nervios de los viajeros se tensaron como apretados por un torniquete y Sol les invitó a separarse de las ventanillas y a cederles el sitio.

—Señor Byrnes—dijo Sol—: Usted cuide del lado izquierdo y yo, con este mozo, cuidaré del derecho. Si atacan por un solo sitio, ya nos ayudaremos mutuamente.

Empuñaron los rifles, dejaron los revólveres con las municiones sobre los asientos y, con la vista clavada en el paisaje, esperaron el trágico momento del asalto.

Los caballos, a costa de un gran esfuerzo, coronaron el pico y durante unos minutos hicieron alto para tomar alientos. Luego, a un paso corto, iniciaron el descenso.

Sol, aprovechando los rojos resplandores de la tarde, examinaba el paisaje, que no carecía de grandiosidad.

Grandes farallones de un color bermejo se erguían a los lados formando una pared casi lisa, que a ratos se cortaba formando pequeños taludes para volver a crecer de modo mareante y como si quisiera aprisionar la diligencia, se iban estrechando gradualmente hasta formar un estrecho tubo por el que no cabrían juntos más de dos vehículos de aquel tamaño.

El suelo, pedregoso y desigual, imprimía un vaivén endemoniado al coche, y a veces un bache bamboleaba todo el pesado armatoste, pareciendo que lo iba a despedir de lado contra las paredes del desfiladero.

Este empezó a quedar despejado por su parte izquierda.

Ahora, en lugar de una pared protectora, formaba por aquel lado

una cornisa de cuatro metros de anchura descubierta al borde de un abismo mareante, que debía poseer un fondo de más de ochenta metros.

De las paredes de la sima debía nacer una torrentera, pues hasta los viajeros llegaba de modo impresionante el ronco batir del agua sobre los peñascales al saltar desde la altura.

—¡Qué precioso lugar para dar un bonito salto hasta el infierno! —comentó el capataz del rancho— ¡Cada vez que tengo que pasar por este maldito lugar siento más pánico que ante tres revólveres disparando sobre mí!

Sol reconoció lo justo del pintoresco comentario. Si un día los caballos asustados derivaban hacia la izquierda el salto hacia el abismo sería una cosa alucinante.

Siguieron bajando con enormes precauciones. Todos se desorbitaban registrando el paisaje sin descubrir nada sospechoso, y Sol iba creyendo que o el aviso había sido esta vez una fantasía o que los Taft habían desistido del asalto.

La voz de Madison retumbando como un trueno, advirtió:

—¡Cuidado! Dentro de unos minutos doblaremos el recodo. Estén atentos con las armas.

Ató las bridas a un costado del coche, empuñó el rifle y animó a los caballos que, más prudentes, continuaron deslizándose por la peligrosa cuesta.

El recodo se mostró violento. La pared del farallón se revolvía en un brusco esquinazo y el sendero giraba a compás en una curva de más de cincuenta grados.

Apenas los caballos habían ganado el viraje, una voz, brotando de entre las grietas del farallón, gritó:

—¡Alto la diligencia u os echamos al fondo de la sima!

Madison sin alterarse lo más mínimo, gritó:

—¡Soo, caballos!

Los animales al oír el mandato, se quedaron parados y la voz ordenó de nuevo:

—¡Arriba las manos, mayoral!

Este, que no acertaba a distinguir quién daba la orden, obedeció sin apartar el rifle de sus rodillas.

De entre los desniveles del farallón surgió una figura barbuda que Sol no pudo reconocer, pues no pertenecía a los Taft, y avanzó dispuesto a tomar los caballos de las bridas; pero en aquel momento Madison, como una centella, bajó los brazos, empuñó el rifle y sin detenerse a fijar el tiro disparó.

El bandido alcanzado en el pecho, hizo un brusco movimiento de retroceso y se llevó las manos al pecho lanzando un gruñido de dolor al tiempo que dejaba caer el revólver, mientras de entre las quebradas

surgían varios fogonazos.

Madison se inclinó en el pescante disparando al albur y Sol, imitado por sus compañeros, cubrió todo el farallón con sus disparos buscando a los ocultos asaltantes.

Estos, escudados en las grietas no se daban a ver, y Sol, dándose cuenta de la desventaja que gozaban, gritó:

—Adelante, Madison, dejemos atrás a estos coyotes y que den la cara si se atreven.

El valiente mayoral, empuñando el revólver con una mano y las riendas con otra, azuzó a los asustados caballos para que iniciasen el avance, y los pobres animales, sin poder controlar sus nervios, se lanzaron cuesta abajo a una velocidad demasiado excesiva para el peligro que suponía el descenso.

Al cruzar el carruaje por una fisura, Jim Taft, que acechaba, disparó. Madison que le había descubierto hizo lo propio, y un doble grito de agonía vibró entre el fragor de los disparos.

El bandido avanzó unos pasos saliendo a la senda donde cayó con los brazos aplastados sobre la tierra y el mayoral se llevó las manos al vientre inclinándose hacia un lado del pescante con una mueca trágica dibujada en el semblante.

El carruaje siguió rodando hasta que uno de los caballos heridos se enredó en los arneses y cayó a tierra cruzándose entre sus compañeros que no pudieron seguir avanzando, y un alarido de triunfo se escapó de las gargantas de los forajidos al descubrir al vehículo inmovilizado.

De súbito, ocho bandidos, entre los que se encontraban Claude y Rex Taft, saltaron al camino y enfilaron el carruaje por la espalda, disparando sobre él a mansalva.

La posición de los defensores era ahora crítica. El carruaje por aquel lado solamente contaba con el vano de la portezuela, y por él no podía asomar más que un defensor, pero trágicamente expuesto al aluvión de proyectiles que se clavaban en la caja del coche, y asomarse por las ventanillas laterales para disparar sesgadamente era tan expuesto o más que hacerlo por la portezuela.

Sol, rabioso, gritó:

—Nos encontramos en posición crítica. El vehículo no ha podido detenerse en peor postura.

—¿Qué hacemos? —preguntó Byrnes.

—Habrá que esperar a que se decidan a asaltar el coche o cambien de postura y nos rodeen; mientras tanto, asomar la cabeza por algún sitio es exponerse a recibir un tiro antes de poder localizar a nadie.

—¡Si pudiéramos hacer seguir el coche…!—comentó el capataz.

—Había que cortar los arneses y para eso, hay que salir al exterior. No puede hacerse…

Los bandidos seguían disparando y, de vez en vez, intimidaban a

los viajeros a entregarse, prometiendo respetar sus vidas, o de lo contrario asesinarles si les obligaban a tomar el carruaje por asalto.

—¡Que lo intenten! —afirmó Sol—. ¡Eso es lo que estoy deseando!

Los disparos se cambiaban trágicamente sin que ninguno cediese y pronto las sombras que ya empezaban a apoderarse de los farallones caerían sobre el desfiladero haciendo más trágica la situación.

Sol se desesperaba no encontrando manera de poder batir a los forajidos sin exponerse suicidamente al intentarlo, y esperaba que éstos, aburridos a su vez, al observar que no podían deshacerse de sus enemigos, se decidiesen a asaltar el vehículo, única manera de poder combatir en igualdad de circunstancias.

Para tenerles a raya disparaban al albur a través del vano de la portezuela trasera sin osar asomarse a ella o por los vanos laterales, pero sin localizar la situación de sus enemigos, mientras los pobres caballos, asustados, intentaban arrastrar a su compañero caído y emprender la fuga.

Esto inquietaba a Sol tanto como los bandidos. Si los pobres animales alocados, conseguían emprender la huida sin control alguno, corrían el inmenso peligro de ir a parar al fondo del abismo y, puestos en esta disyuntiva, exclamó rabioso:

—Hay que intentar algo que haga cambiar la situación; de lo contrario no saldremos con vida.

—¿Qué podemos hacer?—preguntó el juez.

—Espere, se me ha ocurrido una idea—dijo Sol de repente—. Apártense a los lados sin exponerse.

El centro del piso del coche quedó despejado, y Sol, con ayuda de su recio cuchillo y de otro que le prestaron, se dedicó a levantar las tablas del piso.

—¿Qué diablos intenta usted? —preguntó el granjero que se encontraba bastante asustado.

—Salir de esta ratonera sin exponerme. Confío en que no me descubran debajo de la caja del coche. Si lo consigo espero darles una sorpresa más que regular.

—Pero si le descubren...

—Hay que arriesgarse. Esto no puede continuar así.

Levantó las tablas y con el rifle amartillado y los revólveres a la cintura se deslizó a tierra por el vano del piso del carruaje quedando pegado a la tierra como un lagarto.

El campo de visual era muy corto, pues, aunque el ballestaje se hallaba bastante alto, sólo acertaba a descubrir a algunos bandidos de medio cuerpo para abajo, pero sin poderles reconocer como hubiese sido su deseo para localizar a los Taft.

De todas suertes, aquello era algo. Desde allí estaba en situación de batir a los bandidos y obligarles a cambiar de postura, a más de que

estaba seguro do suprimir a alguno aprovechándose de la sorpresa.

Buscó el blanco a la incierta luz que se reflejaba en el áspero sendero y disparó por dos veces consecutivas. Dos forajidos mordieron el polvo sin saber por dónde les había llegado la muerte, y un pánico tremendo sacudió a los secuaces de Claude al observar cómo sus dos compañeros caían a tierra de modo fulminante.

Pero alguien descubrió los fogonazos por debajo del carruaje y saltando hacia el farallón para protegerse con sus salientes, disparó hacia aquel sitio.

Las balas mordieron la tierra junto a Sol peligrosamente, y éste, de un salto, ganó de nuevo el interior.

—Bueno—dijo—: dos menos. No ha sido mucho, pero algo es algo.

—No intentará repetir el truco—dijo el juez—. Ahora le esperarán con los ojos clavados debajo del coche.

—Eso espero. Entretanto...

Se irguió intrépidamente aventurándose a echar un vistazo a través del vano de la portezuela. A pesar de la rapidez de la acción acertó a descubrir a la espalda del coche cinco asaltantes, entre ellos a Claude y Rex Taft.

Una granizada de balas se filtró por el vano inútilmente, pues cuando dispararon ya había desaparecido del hueco, pero calculando el lugar donde les había localizado, dejó asomar de través el cañón del rifle y disparó.

Un rugido de desesperación le advirtió que había dado en el blanco y arrojándose al piso del coche, exclamó alegremente:

—¡Otro más! Espero que sean tan idiotas que poco a poco se Vayan entregando.

—Es usted terrible—dijo el capataz admirado—. Por nada del mundo hubiese cometido yo esa imprudencia.

—Hay que arriesgarse. Ahora estudiaremos la forma de volver a sorprenderles.

Por un momento los disparos cesaron. Un silencio de muerte reinó en el desfiladero interrumpido sólo por algunos lamentos de dolor y el relinchar de los caballos que pateaban nerviosos, y poco a poco iban arrastrando el coche a pesar del impedimento de su compañero muerto y atravesado entre sus inquietas pezuñas.

Sol, angustiado, exclamó:

—¡Tengo los nervios deshechos!... Estoy oyendo lamentarse u ese bravo mayoral y nada podemos hacer por él. Cuando intentemos algo se habrá muerto como un perro.

Todos asintieron con una mueca de compasión; pero realmente, aventurarse a salir para auxiliarle era exponerse a caer también sin utilidad práctica.

Ya nos cobraremos su muerte si conseguimos capturarles—afirmó

el juez—. Cualquier martirio que les apliquemos será poco para hacerles pagar sus crímenes.

El silencio se prolongaba y Sol, inquieto, murmuró:

—¿Qué estarán intentando esos coyotes? ¡No espero nada bueno de esta calma!

De repente, un ligero resplandor iluminó la senda y poco después, desde lo alto de un saliente del farallón, empezaban a caer sobre el coche y en derredor de él, ramas resinosas encendidas.

—¡Por todos los diablos del infierno!—gritó Sol—. ¡Van a prender fuego al coche para obligarnos a abandonarlo!… Me parece que ésta va a ser nuestra última hora.

La viajera que había permanecido pálida y demudada en el interior, pero sin pronunciar palabra, rompió en un llanto histérico, y el juez, animándola, dijo:

—No se aflija aún, señora, todavía estamos vivos y no nos han comido.

—¿Qué hacemos?—preguntó el capataz rechinando los dientes con rabia.

—No sé. Si el coche resistiese, quizá amparados por las sombras podíamos salir y hacerles frente en igualdad de condiciones.

Pero sus cálculos optimistas se quebraron. El carruaje, de madera seca y vieja, empezó a arder por la baca y algunas ramas caídas debajo de las ruedas mandaron sus llamas y el insoportable humo por el hueco abierto en el piso, ahogándoles al llenar el coche de humo.

Sol, rabioso, empuñó el revólver diciendo:

—¡Afuera!… ¡Ha llegado el momento!

Pero antes de que tuvieran tiempo a lanzarse del coche se oyó el galope furioso de un caballo y dos detonaciones vibraron a su espalda al tiempo que los bandidos lanzaban gritos de alarma.

CAPÍTULO VII

OTRA VEZ EL JINETE FANTASMA



OS prisioneros de la diligencia se miraron durante un momento con estupor, preguntándose qué sucedería; pero su indecisión fue breve. Los revólveres empezaron a funcionar furiosamente y poco después se oyó un galope de caballos al tiempo que varios jinetes cruzaban como meteoros ante el costado izquierdo de la diligencia.

Sol alcanzó a distinguir a Claude y Rex Taft seguido de otros dos individuos, y lanzándose a la ventanilla, disparó.

Uno de los bandidos volteó trágicamente cayendo a tierra para rodar como una pelota y desaparecer por el vano del precipicio, mientras su asustado caballo seguía al galope senda abajo, escapando como una centella.

El juez, tan asombrado como Sol, se asomó a su lado con el revólver amartillado, en el momento que otro jinete montado en un veloz caballo negro cruzaba ante ellos como una sombra fugaz. Byrnes apretó el gatillo; pero Sol, de un salto felino, desvió el tiro, gritando:

—¡No!... ¿Qué hace usted? ¡Es el jinete misterioso! ¿No le ve?

Cuando el juez quiso fijar su vista en él, ya el jinete había desaparecido desfiladero abajo, disparando su revólver contra los bandidos que huían a galope tendido.

Un silencio ominoso se hizo en torno a ellos, y Sol, apresurándose a descender, gritó:

—¡Pronto o nos achicharraremos vivos! Veamos si podemos impedir que la diligencia arda.

Se arrojaron del vehículo raudamente, y apenas había puesto pie en tierra, los caballos, alocados al sentir cerca de sus corvejones el calor de las llamas, se espantaron completamente y en un esfuerzo supremo, arrastrando a su compañero muerto, arrancaron cuesta abajo en una carrera alocada, chocando contra la pared del farallón y arrojando del pescante al inanimado cuerpo del mayoral.

El juez, en un salto de tigre, llegó a tiempo de alcanzarle cuando

parecía que se iba a desplomar en el vacío y Sol, observando cómo el carruaje dando tumbos descendía por la áspera y estrecha pendiente amenazando con ir al abismo, sufrió un ataque de pánico pensando en la valija que iba en el interior del pescante y gritó:

—¡Dios!... ¡Se van a despeñar con el dinero!

De súbito, empuñó el revólver y la emprendió a tiros con los caballos. Dos de ellos, acertados en el cuello y cabeza, cayeron a tierra relinchando angustiosamente, y el único que quedó indemne, paralizado por el peso de sus compañeros, se vio obligado a detenerse cuando ya la diligencia se hallaba en el mismo borde de la sima.

Mientras el juez y sus compañeros se apresuraban a auxiliar a Madison, Sol se acercó al destruido tiro, y con palabras cariñosas y palmadas en sus sudorosos flancos, consiguió calmar al caballo. Luego cortó los tirantes y le sacó de aquel maremágnum de carne sangrienta, apartándole de la diligencia.

—¡Tome, capataz!—gritó—. Hágase cargo de ese pobre animal. Voy a salvar la valija antes de que las llamas devoren el carruaje.

Saltó al pescante y, con trabajo, consiguió extraer la valija, que tiró a tierra. Luego saltó cuando ya las llamas hacían presa en la pared delantera del coche.

Las sombras de la noche que habían caído densamente se veían absorbidas por el resplandor de las llamas devorando el carruaje. El equipo de los viajeros había caído desperdigado por la senda y la caja del vehículo era una inmensa antorcha, a cuyo reflejo los rostros pálidos y desencajados de los viajeros adquirían matices lívidos y dantescos.

El juez, en unión del granjero, había arrimado el cuerpo del mayoral contra el farallón, y trataban, en vano, de registrar sus heridas, pero el bravo conductor que se sabía tocado de muerte y cuya vida se escapaba por momentos de su recio cuerpo, murmuró:

—Es... es inútil... Déjenme... Déjenme morir tranquilo.

Luego, girando sus vidriados ojos hacia Sol que examinaba los cuerpos de los caídos, exclamó:

—Dígame, Sol... ¿Cayó bien?

—¿Quién?—preguntó el joven.

—El forajido... el que me atinó... Es uno con... con camisa verde... y... y pañuelo azul...

Sol, que en aquel momento examinaba el cadáver de Jim Taft, vestido con las prendas que indicaba el mayoral, contestó emocionado:

—Sí, Madison. Puede irse tranquilo si ése es su sino. Jim Taft no volverá a disparar ya nunca contra nadie.

—Me alegro... Al menos, mi muerte habrá servido para... para algo útil a la humanidad... Lo que siento es... es... no haber podido hacer

igual con los...

No pudo decir más. Dobló la cabeza y quedó rígido entre los brazos del juez.

Este cerró piadosamente sus ojos diciendo emocionado:

—¡Fue un valiente! ¡Que Dios le acoja en su seno!

Todos se descubrieron rezando una oración por su alma, y cuando terminaron, dedicaron toda su atención en identificar a los forajidos caídos.

Eran éstos, tres, además de Jim, que había recibido un balazo en la frente, pero ninguno de ellos les era conocido. Debían ser gente que los Taft tenían reclutada para dar el golpe, temerosos de que en la diligencia viajasen demasiadas personas para ser atacadas por ellos tres.

—¡Qué lástima!—comentó el juez—. Si entre esta carroña se hubiesen encontrado los otros dos Taft, todo habría quedado resuelto.

—Es verdad—afirmó Sol—y, sin embargo, yo estoy seguro de haber alcanzado a Rex cuando cruzaba por delante del coche. Le vi hacer un movimiento de dolor inequívoco.

—Si le hubiese usted matado también, su padre solamente no sería suficiente para inquietarnos.

—O sí. El dolor de la caída de sus hijos le haría más feroz aún. No se fíe pues, pretenderá cobrarse la muerte de Jim.

Luego, atormentado por un recuerdo, añadió:

—¿Vio usted al jinete?

—De una manera imperfecta, pero le vi. No pude descubrir su rostro porque llevaba muy bajas las alas del sombrero y volvió la cabeza al cruzar por delante de la diligencia.

—¿Qué impresión sacó usted de él?

—La misma que usted ha sacado. Parece un joven imberbe lanzado a actuar de héroe anónimo. ¿Por qué y para qué?

—Daría algunos años de vida por saberlo—aseguró Sol—. Es el caso más intrigante de toda mi vida.

—¡Y es bravo el mozo!—afirmó con entusiasmo Byrnes—. El sólo se atrevió a atacarles y a perseguirles.

—Debieron asustarse al verle llegar, y creerían que lo hacía con refuerzos. De otra manera, no se explica que huyesen, pues pudieron abatirle cuando dio la cara por la senda estando ellos emboscados.

—Razón de más para creerle un bravo. No le asustó la posibilidad de caer y menos la de perseguirles. Daría mi fortuna por galopar tras el polvo de su caballo, para saber en qué ha terminado todo esto.

—Y yo también—afirmó Sol—, pero ya es tarde. Lo que haya podido suceder, está muy lejos de nuestro alcance.

—¿Volverá? —preguntó esperanzado el juez.

—No lo creo. Avisa y actúa en la sombra. Si nos sabe fuera de

peligro, nos dejará que nos las arreglemos como podamos.

—Por cierto—advirtió Byrnes—que aquí no podemos quedarnos. Tenemos que hacer algo para llegar a Lund y entregar la valija... ¿Qué sucedería si volviesen?

—No me preocupa. Tendrían que dar ahora la cara y les saldría demasiado costoso hacerlo.

Luego de pensarlo un momento, añadió:

—Creo que lo mejor es que se queden ustedes aquí, y yo, aprovechando el único caballo útil que queda, marche a Lund a entregar la valija y a pedir ayuda. Viaja una mujer con nosotros y no podemos caminar a pie las varias millas que aún restan de camino.

—¿Y si le atacan?

—No lo creo. La persecución de ese jinete fantasma les ha estropeado todos los planes. Me iré para aprovechar tiempo.

Comprendiendo que era el mejor plan, Byrnes accedió y prometió quedarse al cuidado de sus compañeros y proceder a dar sepultura a Madison cuando alborease; y Sol, atravesando la pesada valija sobre la silla del caballo, montó en él y se encaminó desfiladero abajo hacia la llanura.

Sus revólveres aparecían en sus manos, pues, aun cuando estaba casi seguro de que por el momento nada habría de suceder, no quería dejar nada confiado al azar.

Su oído, agudizado, estaba atento a los más leves ruidos que podían producirse. Sin saber por qué, alimentaba la esperanza de enfrentarse incidentalmente con el jinete fantasma, cuya oportuna intervención les había salvado de un tremendo peligro.

Este jinete era su obsesión. Por más que se imaginaba no acertaba a situarle en un punto factible de emprender alguna gestión para descubrir su incógnito, y este misterio, así como la imposibilidad de resolverlo, le tenía rabioso.

La luna vertía sus rayos sobre el bronco paisaje ayudándole a seguir el camino, y al cabo de más de media hora de descender por aquella estrecha y mareante cornisa, al borde del abismo, la senda se fue ensanchando y el precipicio perdiendo magnitud, hasta que más tarde desapareció para alcanzar la llanura.

Se hallaba a menos de dos millas del pueblo, cuando, sobre el terreno plateado por la luna, distinguió confusamente unas sombras que avanzaban y, deteniéndose en seco, preparó sus armas y esperó.

Temía que pudiesen ser los forajidos que volvían después de burlar la persecución del jinete negro y su responsabilidad era enorme al saberse único culpable de lo que pudiese suceder con la valija.

Al cabo de unos minutos pudo comprobar que el grupo lo componían media docena de jinetes y un coche y, alzando la voz, gritó:

—¡Alto!... ¿Quién va?

Un jinete se destacó con un rifle en la mano, preguntando a su vez:

—¿Quién habla? ¡Pronto o disparo!

—¡Aquí es el *sheriff* de Little Salt Lake!

—Y aquí el de Lund. Avance sin preocupación.

Sol avanzó al encuentro del jinete, descubriendo poco más tarde su estrella clavada en el pecho.

El *sheriff* de Lund llegó hasta él, diciendo:

—¿Cómo se ha arriesgado usted a separarse de sus compañeros con esa impedimenta? Ya íbamos en su socorro.

Sol le miró extrañado y preguntó:

—¿Cómo sabía usted que lo necesitábamos?

—Pues de un modo un poco raro. Esta noche se acercó un jinete vestido de negro, montando también un caballo del mismo color, y llamando a mis oficinas, gritó:

—¡*Sheriff*, levántese! En el desfiladero de los Cedros han atacado la diligencia unos bandidos, al frente de los cuales están los Taft, y han incendiado la diligencia. Dese prisa, pues debe haber alguien mal herido.

Al oír las voces, me arrojé de la cama y salí a la puerta, pero solamente descubrí galopando hacia las afueras del pueblo a un jinete, que, visto a la luz de la luna, daba la sensación de una sombra. Por un momento dudé sobre la veracidad de sus palabras; pero sabiendo que los Taft andan por la región y que la diligencia traía valores de importancia, me aventuré a comprobarlo.

—Pues no le han engañado, compañero—dijo Sol.

—Entonces, ¿quién es ese misionero tan extraño que me han mandado y por qué se ha comportado así?

—Si es usted capaz de aclarármelo me hará usted el favor más señalado que he recibido en mi vida. Es lo que yo me estoy preguntando hace algunos días.

Ante la extrañeza del *sheriff*. Sol le dio cuenta de todo lo sucedido desde el día que apareció por los aledaños del pueblo hasta el momento en que fueron asaltados e intervino tan oportunamente en su ayuda.

—¿Dónde cree usted que, puedan haber buscado refugio los salteadores?—preguntó Sol cuando terminó su relato.

—¡Cualquiera lo sabe! Por aquí hay bastantes lugares propicios para esconderse. Todo depende del éxito que haya tenido la persecución de ese misterioso jinete.

El *sheriff* había organizado un socorro de media docena de hombres decididos y un médico, así como un calesín bastante amplío para poder trasladar a los viajeros a Lund, y era ya de día cuando enfilaron la subida al desfiladero donde aguardaba Byrnes en unión de

sus compañeros.

Gracias a la hoguera producida por la diligencia, la noche la habían pasado bastante aceptable y nada se produjo que alterase la calma nerviosa que les dominó hasta el nacimiento del alba.

El *sheriff* se hizo cargo de los viajeros, así como de la valija, y ordenó arrojar por la sima los cadáveres de los forajidos muertos. No conocía personalmente a ninguno, ni ninguno portaba documentos que identificasen sus personas.

Cuando la comitiva se puso en marcha, el *sheriff* de Lund dio las gracias a Sol por su intervención y, estrechando su mano, le dijo:

—Adiós, señor King. Si algún día, cuando deje su cargo accidental, quiere honrarme con su visita, tendré un verdadero placer en que sea usted mi huésped una temporada. A lo mejor necesito un hombre de su temple para arreglar ciertas cuestiones y usted sería una ayuda magnífica.

—Pues, si en algo puedo serle útil, me tendrá usted una temporada en Pine, donde pienso descansar. No tiene más que mandarme un aviso y estaré a sus órdenes.

Sol se despidió sin sospechar que el ofrecimiento que había hecho al *sheriff* sería aceptado no tardando mucho, y que su aceptación constituiría uno de los episodios más dramáticos de su azarosa vida de «Vengador».

La caravana se perdió en las revueltas del desfiladero, y Sol, en unión de Byrnes, emprendió el regreso a Little Salt Lake a lomos del único caballo que había quedado útil en la diligencia.

El viaje fue duro y molesto, primero porque el pobre animal tuvo que desgastar sus ya mermadas fuerzas en alcanzar las alturas del desfiladero, bastante ásperas, con dos jinetes sobre el lomo, y segundo, porque la distancia que les separaba del poblado era grande y les invirtió todo el día siguiente en hacer el recorrido.

Por fin, cuando empezaba a caer la tarde, entraron en el pueblo cansados y con ganas de reposar unas cuantas horas. La jomada había sido dura y agotadora y sus cuerpos, aunque duros, se resentían del desgaste nervioso.

Sol acompañó al juez hasta su morada, donde le dejó instalado. Byrnes se obstinó en invitarle a cenar; pero Sol, preocupado por haber dejado abandonadas las oficinas tanto tiempo, deseaba volver a ellas con la esperanza de encontrar algún nuevo mensaje del jinete fantasma, que le indicase alguna pista para poder perseguir a Claude y a su hijo, pues, un presentimiento le decía que el jinete misterioso no se habría aventurado a dar la cara a cuatro enemigos a un tiempo, persiguiéndoles por terreno poco propicio a ello y que se habría limitado a tomar nota del lugar por donde se habían internado para que luego él iniciase la caza.

Demasiado había hecho con arriesgarse a enfrentarse con ellos, sin más ayuda que su propio valor, y Sol le admiraba, pues le consideraba un joven de un temple excepcional, capaz de empresas de alta envergadura.

Preocupado con estas reflexiones, alcanzó la plaza y se detuvo ante las oficinas.

La noche había caído por entero y una luna grande y redonda muy azul, iluminaba de cara la fachada del pequeño edificio.

Sol se apeó del caballo, al que acarició cariñosamente, y se dispuso a penetrar en el interior, mas, de repente, se detuvo con el cuerpo envarado.

La puerta se hallaba cerrada, pero algo extraño despertaba en sus sentidos un estado de alarma, y empuñando el revólver, se acercó suavemente, examinando la puerta.

Perro viejo en toda clase de trampas, vivía siempre en continua alerta, y cuando marchó, tuvo la precaución de atar un hilo de la puerta a la jamba, a una altura difícil de divisar en postura normal y el hilo pendía roto de uno de los lados, indicando que alguien había penetrado en su ausencia.

Sonriendo humorísticamente, se colocó junto a la pared bien resguardado con el revólver en la mano y luego, con el pie, empujó la hoja, abriéndola del todo.

CAPÍTULO VIII

«EL VENGADOR» EMPIEZA A CUMPLIR UNA PROMESA



O se había abierto la puerta totalmente, cuando vibró el seco estampido de una detonación y un fogonazo iluminó el interior del sombrío pasillo. Sol estiró el brazo con rapidez y respondió al disparo con otro, que tuvo como eco un alarido de dolor.

Pero Sol no se dejó engañar por el grito, y quitándose el sombrero, lo agitó ante la puerta como si se tratase de una cabeza que asomase y un nuevo disparo atravesó el sombrero, rozando la mano del intrépido *sheriff*.

Ahora, el disparo procedía de la parte baja del piso, y Sol, sin perder segundo, volvió a disparar y nuevamente captó la expresión de dolor de su misterioso enemigo.

Luego siguió un largo silencio. Ni Sol se atrevió a penetrar a pesar de tener la seguridad de que había herido al emboscado, ni éste repitió la agresión.

El joven, con el arma alerta, no perdía de vista el vano, temiendo ser atacado nuevamente de algún modo insospechado, y su oído, súper sensibilizado por el peligro, escuchaba con atención, tratando de captar los movimientos de su enemigo, pero éste parecía haber desaparecido de allí.

Temiendo que hubiese dado vuelta a la casa para salir por la parte trasera y sorprenderle por la espalda, se retiró en silencio de la puerta y se colocó a prudente distancia, procurando abarcar no sólo la salida normal de las oficinas, sino de los lados del edificio, más nadie dio señales de vida.

La situación se iba haciendo fastidiosa. Su agresor no parecía dar señales de vida; pero Sol no se confiaba con su silencio, recelando una trampa para animarle a penetrar imprudentemente.

El ruido de las detonaciones de los disparos cruzados atrojo la atención de algunos de los que voluntariamente se habían brindado a vigilar el día anterior las entradas del pueblo, y Sol, al observar su

llegada, respiró más tranquilo.

Aunque aquella gente no resultara muy útil y se expusiese poco a un ataque feroz, al menos, servirían para vigilar la salida y disparar sobre quien pretendiese ganar la plaza, y tranquilo con esto, hizo señas a algunos para que se acercasen a él.

—¿Que sucede?—preguntó uno.

Alguno de los Taft, después de escapar milagrosamente del asalto de la diligencia, ha debido galopar como un desesperado hasta aquí para ganarme por la mano y esperar mi llegada, confiado en que ellos se encontraban muy lejos. Por muy poco, no consiguen su objeto, pero les ha fallado el plan.

—¿Qué debemos hacer?

—Simplemente estar preparados con los revólveres para disparar sobre el primero que intente salir por esa puerta. Lo demás, corre de mi cuenta.

—¿Es que pretende usted aventurarse a entrar?

—Sí.

—¡Pero eso es una locura!

—No; mientras vosotros atraigáis su atención. Esperad cinco minutos y pasado ese tiempo, uno disparará sobre el vano de la puerta, procurando no colocarse en la trayectoria de una posible respuesta. Mientras, yo maniobraré para sorprenderle por la espalda.

Sol se escurrió por las sombras de la plaza rodeando el pequeño edificio, y en silencio, alcanzó la empalizada que cerraba el pequeño cobertizo donde encerraba a «Stard». Se proponía asaltarla y deslizarse por el pasillo para caer por la espalda del misterioso agresor.

Se colocó a caballo sobre la cerca y con la flexibilidad de un gato, alcanzó el piso. Luego se dirigió como una centella hacia el caballo que iba a relinchar de alegría al verle y le tapó el morro, susurrándole:

—¡Silencio, querido; nos estamos jugando el pellejo!

El caballo enmudeció, y Sol, con el revólver amartillado, alcanzó el oscuro pasillo que atravesaba de parte a parte el edificio, aplastándose contra el suelo para evitar ser alcanzado por una bala si era descubierto.

Arrastrándose como los indios por la pradera, fue ganando terreno centímetro a centímetro. El silencio era agobiante y Sol se hallaba desorientado, pues no sabía si atribuirlo a una añagaza del emboscado, o a que en realidad éste había pasado a mejor vida alcanzado por sus proyectiles.

De repente, al otro lado, en la plaza, vibró una detonación, y Sol sintió el choque del impacto al clavarse en la madera de la entreabierta hoja. Simultáneo al disparo, le pareció captar un suspiro doloroso y una maldición musitada.

Extremando sus precauciones, siguió avanzando hasta situarse en

un plano desde el que alcanzaba ver el vano de luz lunar que se marcaba a través de la puerta abierta, y durante algunos minutos permaneció extático, tratando de acostumbrarse a la oscuridad y asaetando las tinieblas con su fina mirada para descubrir el cuerpo de su enemigo.

Dos disparos simultáneos vibraron en la plaza y el plomo resonó siniestramente en el estrecho pasillo, al tiempo que una maldición más clara que la anterior descubrió a Sol el lugar donde se hallaba emboscado el desconocido.

Este se había apostado contra la pared que protegía de luz la hoja de la puerta, y desde allí, acechaba como un lobo esperando que alguien se atreviese a cruzar el siniestro paso para tumbarle de un tiro.

Se hallaba tirado en tierra, quizá herido, y Sol ponderó la ventaja que le prestaba esta posición.

Se irguió lentamente como un tigre preparado para saltar sobre su presa y durante varios segundos, tensó sus nervios. Había enfundado el revólver y su idea era atenazar a su enemigo y apresarle por sorpresa.

El salto justo, matemático, le colocó a caballo sobre un cuerpo, que rabioso por la sorpresa, se agitó violentamente, al tiempo que vibraba un disparo iluminando fugazmente el oscuro pasillo.

Sol, al vivido reflejo del disparo, reconoció las contraídas facciones de Rex Taft. Este, por efecto de la caída de su contrario, se había visto obligado a disparar el revólver que empuñaba en su diestra.

Sol, buscó fríamente el cuello del forajido que se debatía en tierra pugnando por sacudirse la presión que le imposibilitaba moverse y una lucha sorda y trágica se entabló entre ambos, pugnando por anularse mutuamente.

Rex, debía estar herido. Sol lo sospechó al sentir sus manos pringadas de un líquido espeso; pero, si así era, la herida no debía ser grave, porque Rex conservaba una gran vitalidad y luchaba con toda la fuerza de la desesperación.

El forajido era el más fuerte de la familia. Grande, ancho de hombros, con los brazos como gruesas ramas de encina y unas piernas arqueadas pero rudas, oponía una resistencia feroz, y para mejor defenderse, se había visto obligado a dejar caer el revólver más inútil que eficaz, viéndose aprisionado debajo de su agresor.

Ambos, rodaban por el estrecho pasillo jadeando en la oscuridad y tropezando duramente contra las paredes cada vez que a causa de un violento esfuerzo cambiaban de postura, pero ninguno cedía en el empeño mortal.

Alguien de los que se hallaban en la plaza, debió sospechar lo que sucedía, pues una voz que procedía de uno de los lados de la puerta, preguntó:

—¿Qué sucede, *sheriff*? ¿Necesita ayuda?

Sol, zafándose del trágico abrazo que su enemigo pretendía aplicarle, jadeó:

—¡Luz! ¡Luz! ¡Que le vea el rostro a este asqueroso chacal!

Alguien arrancó una rama de un pino cercano y la prendió fuego, acercándose a la puerta. Al rojizo resplandor de la rama resinosa, descubrieron a Rex y Sol agarrados como lobos, golpeándose sin piedad y rodando por tierra como pelotas.

Rex tenía el rostro congestionado y manchado de sangre, así como sus ropas. Era indudable que su enemigo le había acertado con alguno de sus eficaces disparos; pero, a pesar de esta desventaja, luchaba fieramente.

Por un momento, consiguió sacudirse la presión de su atacante por medio de un formidable puntapié aplicado en un hombro y se puso en pie de un salto elástico, llevando la mano al pecho, sin duda, en busca de su cuchillo; más, Sol, incorporándose bruscamente, se abalanzó sobre él, tomando su brazo y retorciéndoselo brutalmente.

La lucha se desarrollaba en medio de un hosco silencio que ninguno de ambos osaba romper. Eran horas, más que de hablar, de combatir, y todos sus sentidos estaban puestos en aquella pugna, en la que el precio iba a ser una vida. Sol, que se encontraba molesto en aquel estrecho tubo, de un terrible empujón sacó a su enemigo fuera del pasillo. Ahora, con más espacio y con la luz pálida, pero igual, de la luna, se movía con más desembarazo y confiaba más en su resistencia y en su escuela de lucha.

Rex, acorralado, sintiéndose agotar por momentos a causa de la pérdida de sangre que había sufrido—la herida la tenía en un costado—aplicó un recio puñetazo en el pecho de su enemigo, el cual, retrocedió varios pasos, y como un toro acorralado, trató de romper el cerco de enemigos que le rodeaban, huyendo; pero alguien estiró un pie y el forajido, el tropezar con él, cayó todo lo largo que era, dando a Sol tiempo de volver a atenazarle.

Los curiosos podían haber matado a Rex en aquel intento de huida, pero se abstuvieron. Era una ley respetada dejar que dos enemigos dirimiesen sus diferencias personalmente, aunque en el pensamiento de todos estaba la idea de cazarle a tiros si vencía a Sol y repetía el intento de fuga. Rex sabía esto, y ahora, todo su empeño estaba puesto en acabar con su enemigo. Su vida no tenía ya salvación posible, pero al menos, se iría del mundo con la satisfacción de haberse llevado por delante al hombre que más odiaba en la tierra.

Durante varios minutos, la lucha se sostuvo tenaz e indecisa. A los golpes de Sol, respondía Rex con otros ciegos y desesperados, y ambos, sangrando por boca y nariz, resoplaban como cetáceos y anhelaban con toda su alma acertar con el golpe decisivo que pusiese

fin a aquella cruenta lucha.

Fue Rex quien facilitó el desenlace. Al echar su cuerpo hacia adelante en un directo terrible a la mandíbula de Sol, falló el golpe a causa de un rapidísimo movimiento de su rival y en el viaje se vio cortado por un impacto al corazón, tan justamente aplicado, que Rex vaciló un momento como una sombra y luego se desplomó estrepitosamente a tierra.

Los espectadores rodearon gozosos a Sol, exclamando;

—¡Bravo, *sheriff*! Es usted un hombre de acero. Resistir los puños de este chacal, es algo más que heroico. ¿Por qué no nos dejó que le hubiésemos rematado de un tiro?

—Porque el código del Oeste es ley hasta para los bandidos. Tenía que vencerle así y luego... ahorcarle. Se lo prometí, como se lo tengo prometido a su padre, y lo cumpliré sin más dilaciones.

—¿Va usted a someterle a juicio?

—¿Para qué? El alma del pobre Madison renegaría desde su nicho por la demora. Se fue del mundo con el sentimiento de no haber podido acabar con todos los Taft y hay que írselos enviando de prisa, para que se quede tranquilo.

Tomó un lazo de uno de los caballos y dirigiéndose a dos de los que le rodeaban, exclamó:

—Atarle las manos y los pies. No tardará en dar señales de vida. Los golpes al corazón son dolorosos y suspenden de momento la circulación de la sangre, pero se puede reaccionar en seguida.

Entre varios, procedieron a atar reciamente al forajido y, apenas habían dado fin a la operación, cuando éste volvió del momentáneo colapso, respirando como un fuelle y lanzando miradas enloquecedoras a todas partes,

Al sentirse amarrado y enfrentarse con Sol, rugió:

—Bien, te has salido con la tuya. ¡Mala suerte para mí! Pero no cantes victoria; todavía queda mi padre y sus amigos y recibirás muy terribles sorpresas. Es el consuelo que me llevaré al infierno.

—Me parece que lo único que te llevarás allí, será el alma corrompida de tu padre. Jim murió, tú vas a ser colgado y tu padre sufrirá la misma suerte. Os lo prometí, y lo que Sol King promete lo cumple.

Hizo una seña y varios habitantes del poblado cargaron con el cuerpo de Rex que pataleaba y se retorcía como un sarmiento puesto al fuego, y siguieron a Sol, el cual se dirigió a un extremo de la plaza donde se erguían algunos árboles añosos y centenarios.

Los examinó con atención y eligiendo uno, hizo un nudo corredizo en un extremo del lazo y lo pasó por el cuello de Rex. Luego volteó el otro cabo por encima de una gruesa rama y lo mantuvo tirante.

—Montarlo en un caballo—ordenó.

Entro cuatro le sentaron de través en un caballo, y Sol tiró del cabo del lazo, sujetándole reciamente al tronco para que quedase en posición tirante. Cuando concluyó la operación, gritó:

—Os lo entrego. Vosotros decidiréis si debe morir ahorcado o no.

Los más próximos se miraron interrogativamente, basta que uno, adelantándose, dio una patada al caballo.

Este, al recibir el golpe, echó a correr, y Rex, arrancado de la silla, quedó pendiente de la rama, agitándose de un modo alucinante.

Aunque el forajido se tenía bien ganada la horca, nadie quiso recrearse en su agonía y todos volvieron la espalda al árbol, moviendo los labios temblorosamente, quizá porque en ellos vibraba una plegaria por la salvación del alma de aquel ser empedernido.

Cuando se volvieron de cara al árbol, Rex no era más que un pingajo rígido, que pendía como un fantasma a la luz de la luna y, en medio de un impresionante silencio, todos iniciaron la retirada.

Pero en aquel momento alguien irrumpió en la plaza dando gritos de alarma. Esto provocó la reacción de los reunidos que llevaron sus manos a los revólveres creyendo que eran atacados; pero un muchachuelo, que corría como un alucinado, so detuvo temblando ante el grupo y exclamó encarándose con Sol:

—¡*Sheriff* corra, por Dios! Han atacado la casa del señor juez. Están enredados a tiros. Hay varios hombres con caballos parados a la puerta.

Sol lanzó un rugido de rabia y corriendo como una centella a la corraliza donde tenía su caballo, ordenó:

—¡Los que se sientan con agallas, que corran a casa del señor Byrnes! Debe ser atacado por Claude Taft. Es la ocasión de liquidar también a ese lobo sanguinario y a los restos de su cuadrilla. Ahora mismo soy con vosotros.

Media docena de hombres decididos que poseían caballos, se lanzaron al galope hacia la calle principal para dirigirse a casa del juez, mientras Sol sacaba su caballo de la corraliza y, montando en él, se dirigía a todo trote hacia el lugar de la pelea.

CAPÍTULO IX

LA PERSECUCION



N pánico injustificado se apoderó de Claude y Rex Taft cuando se vieron atacados por el jinete fantasma en el desfiladero de los Cedros. La presencia del oportuno atacante les desorientó, y creyendo que eran varios los que acudían en auxilio de la diligencia, abandonaron la partida y se lanzaron desfiladero abajo, en busca de un lugar propicio que les permitiese escapar a la persecución.

Muy conocedores de aquella parte del monte, se perdieron por una cortada transversal para, después, en fuerza de internarse por lugares abruptos y poco fáciles a la exploración, salir a un lugar próximo a la cresta y a espaldas del lugar donde habían dejado el coche ardiendo. Claude estaba rabioso como nunca ante el fracaso sufrido y sus hombres le acusaban de poco previsor.

—No digáis tonterías—exclamó—. Todo estaba muy bien urdido. Nadie sabía que pensábamos dar este golpe más que vosotros, y si estaban preparados contra él como lo ha demostrado la presencia de Sol y del juez en la diligencia es porque alguno de vosotros, bebiendo más de la cuenta, se ha ido de la lengua y se han enterado.

Todos hacían protestas de inocencia, pero el hecho real era que habían fracasado y se encontraban doblemente perseguidos.

—¿Qué podemos hacer ahora? —preguntó Rex—. Yo no puedo dejar sin cobrarme la muerte de mi hermano.

—Ni yo—afirmó Claude, iracundo—. Necesito deshacer en pedazos a Sol y lo haré, aunque sepa que van a colgarme después.

Rex intervino para decir:

—¿Por qué no intentamos un golpe de mano?

—¿Cuál?—preguntó Claude.

—Volvamos grupas y entremos en el pueblo antes que regresen de la excursión. Como no nos esperarán y creerán que andamos huidos por los montes podemos sorprenderles y deshacernos de ellos. Yo estoy seguro de que sería cosa fácil lograrlo.

A Claude no le pareció descabellado el proyecto. Sólo por medio de una sorpresa era posible acabar con aquel terrible Sol King, al que nadie podía atacar de frente con éxito seguro.

Sin detenerse a pensarlo más, se encaminaron al pueblo y, aprovechando que los habitantes habían descuidado la vigilancia creyéndose seguros mientras Sol corría a batir a los Taft, se deslizaron dentro de él.

Ya en los arrabales, Rex dijo:

—Dejarme a mí a Sol. Voy a esconderme en sus oficinas y en cuanto abra la puerta para entrar en ellas le coseré a tiros. Es empresa que carece de complicación.

—Bien—dijo Claude Nosotros nos emboscaremos cerca de la casa del juez y cuando oigamos un disparo será señal de que tú te has deshecho de eso coyote: entonces nosotros asaltaremos la casa de Byrnes y le haremos pagar cara su intervención en este desgraciado asunto.

Convenido el plan, se separaron, penetrando en el pueblo por diversos lugares, sin que fueran descubiertos.

Rex se dirigió aisladamente a las oficinas de Sol, donde se emboscó con el desgraciado resultado ya visto, y Claude, en unión de los dos secuaces que le habían seguido, se emboscó en un cobertizo de una calleja próxima al domicilio de Byrnes, donde permanecieron ocultos hasta que, en el silencio de la noche, llegó a ellos el ruido de la detonación del revólver de Rex al disparar contra Sol.

Inmediatamente sin esperar a más y sin darse cuenta del fracaso del plan del forajido, se dispusieron a acabar con Byrnes; pero presumía que éste poseía dinero, quiso, no sólo dar fin del juez sino expoliar su domicilio, llevándose cuanto contuviera de valor.

En silencio avanzó hasta la casa y haciendo señas a sus compañeros para que se colocasen a los lados del vano de la puerta, llamó.

Poco más tarde se oyeron los pesados pasos de la anciana criada del juez arrastrándose por el pasillo y su voz atiplada que preguntó:

—¿Quién llama?

Claude, desfigurando la voz, contestó:

—Abra, señora, traigo un recado del *sheriff* para el señor Byrnes.

La anciana, confiada, abrió la puerta; pero inmediatamente el pesado cuerpo del bandido cayó sobre ella, pretendiendo atenazarla del cuello para que no gritase.

Pero la fiel sirvienta con un movimiento rápido impropio de su edad pudo zafarse de la presión y chilló:

—¡Socorro, señor Byrnes!... ¡Los Taft!

Claude, fuera de sí al oír el aviso, descargó la culata de su revólver sobre el cráneo de la anciana, la cual cayó al suelo lanzando un nuevo

grito de dolor, y pasando por encima de su cuerpo, echó a correr por el pasillo seguido de sus dos secuaces.

Pero Byrnes, que había captado el angustioso aviso, requirió el revólver que yacía sobre la mesa de su despacho y abriendo con brusquedad la puerta que daba al pasillo, se asomó.

El rumor de las pisadas de los forajidos le orientó y sin esperar un segundo, disparó al azar. Al disparo siguió un rugido de dolor, y varios proyectiles que se clavaron en la madera de la puerta al ser cerrada bruscamente por el juez.

Este, presumiendo que eran varios los que intentaban el asalto, se apresuró a correr contra la puerta la pesada mesa del despacho y algunos otros muebles que hiciesen presión sobre ella, y con todo el valor que poseía se dispuso a sostener aquel asedio, con la esperanza de que el ruido de las detonaciones atrajese la atención de alguien en su ayuda.

El disparo había alcanzado en un brazo a uno de los forajidos; pero, como la herida no era grave, los tres, furiosos al ver frustrado su plan de sorpresa y temiendo verse atacados por la espalda, decidieron obrar con toda la rapidez posible para acabar con Byrnes y huir.

Como fieras se lanzaron sobre la puerta que resistió el ataque combinado de los tres y este nuevo obstáculo puesto en su camino acabó de hacerles perder el control de sus nervios.

Al observar que no podían forzar la puerta tan fácilmente como esperaban, dispararon sobre ella furiosamente y los proyectiles atravesando la delgada hoja, fueron a clavarse en la pared fronteriza.

Byrnes contestó bravamente, ahora con dos revólveres, y por un momento unos y otros abrigaron la vana esperanza de eliminarse por aquel procedimiento, pero se cruzaron diversos disparos sin eficacia alguna, no logrando más que producir la alarma.

Claude estaba desesperado ante el fracaso. Prolongar aquel ataque era exponerse a verse copados y consultó rápidamente con sus compañeros.

—¿Qué hacemos? ¿Cómo no acude Rex?

—No sé—gruñó rabioso uno de los forajidos—. Estás de malas, Taft, y no das una. Hemos fracasado en el ataque a la diligencia y nos estamos fabricando aquí una ratonera. ¡Vámonos!

Un pesado galope de caballos que se acercaba acabó de soliviantarles y uno de los bandidos gritó:

—¡Que nos copan!... ¡Huyamos!

Los tres echaron a correr pasillo adelante tratando de ganar la calle antes de que sus perseguidores se apoderasen de sus caballos y les cortasen la retirada, y Byrnes, al oír el grito y captar el rumor de su carrera, tiró de la mesa apartándola a un lado y ganó el pasillo al tiempo que los bandidos llegaban a la puerta.

Precipitadamente disparó sobre el grupo; más en aquel momento Claude se volvió como una centella y, fijando su puntería en el cuerpo del juez que se bocetaba con toda precisión en el vano de luz de la puerta, disparó.

Byrnes, alcanzado en el pecho, lanzó un grito desgarrador y cayó al suelo soltando el arma, al tiempo que los asaltantes ganaban la puerta de la calle.

—¡Aprisa! ¡Al menos ese indecente de juez no se reirá más de nosotros!

Como saetas, doblaron el esquinazo poniéndose a salvo, cuando ya las balas empezaban a silbar siniestramente cerca de ellos, y a un galope endiablado se lanzaron por la calle en cuesta, desapareciendo en las sombras de la noche por las afueras del poblado.

Algunos perseguidores se resolvieron por emprender la persecución sin esperar la llegada de Sol, el cual apareció pocos momentos después.

—¡Se han escapado!—le advirtió uno—. Doblaban la calle cuando entrábamos nosotros por el otro extremo.

—¿Y el señor Byrnes?—preguntó Sol, inquieto.

—No sé. No hemos entrado aún.

El joven desapareció mudamente por el interior del pasillo y, apenas ganó la entrada, descubrió el caído cuerpo del juez atravesado sobre la puerta.

Byrnes, al verle, se llevó la mano al pecho, musitando:

—Demasiado tarde, Sol... Se fugaron sin que pudiera...

—¡Cállese!—advirtió Sol—, déjeme que vea esa herida.

—No... persígales... véngueme... que muera tranquilo...

Sol, sin hacerle cano, rasgó la camisa y echó un vistazo a la herida. Esta no le pareció de suma gravedad, pues había penetrado por el lado derecho con trayectoria hacia el omoplato.

Llamando a gritos a alguno de los que le acompañaban, ordenó:

—Hacerse cargo del señor Byrnes. Llevarle a casa del doctor, que le atienda rápidamente. No es nada grave, señor Byrnes. Se lo aseguro yo. Curará usted y se verá libre de esta pesadilla, porque ahora Claude Taft y yo tenemos empeñada una partida que sólo acabará de jugarse cuando uno de los dos haya muerto.

Y estrechando la mano febril del juez, que casi había perdido el conocimiento, salió fuera, preguntando:

—¿Por dónde huyeron?

—Hacia abajo. Han salido tras ellos algunos compañeros. Sólo llevan algunos minutos de ventaja.

Sol montó en «Stard» y, acariciándole el lomo, murmuró:

—¡A galope, valiente! Ahora estás fresco y eres capaz de ganar la carrera a un meteoro. ¡No podemos regresar aquí hasta que no nos

traigamos las orejas de ese cruel chacal!

El caballo, que anhelaba desfogar sus nervios con una buena carrera, pues llevaba muchas horas sin moverse de la cuadra, se lanzó por la pendiente a un trote endemoniado y poco más tarde había dejado atrás los arrabales del pueblo.

Lejos vibraban en el silencio de la noche algunos disparos. Eran los que producían los revólveres de los perseguidores sin resultado práctico, pues los bandidos poseían caballos muy veloces y resistentes, que iban dejando cada vez más rezagados a los que iban a su zaga.

Pronto Sol les dio alcance y furioso preguntó:

—¿Hacia dónde se dirigen?

—Hacia las estribaciones del Vulcanic. Quizá pretendan pasar por el corte y ganar el monte Coyote, entre los dos ramales del ferrocarril. Es un lugar muy abrupto.

—Bien, seguidme si podéis. Yo no pararé hasta haberles dado alcance.

El grupo azuzó a sus monturas para que siguiesen al de Sol, pero pronto se vieron rezagados. Aquel endiablado caballo era algo excepcional y ganarle a carrera larga resultaba un mito.

La noche, aunque clara, iba a resultar un obstáculo retardatorio para su tenaz carrera. En cuanto alcanzase las estribaciones de la sierra, ya próximas, se vería frenado para ganar terreno, o quizá perdiese la pista hasta el siguiente día que pudiese reanudarla con la luz solar.

Avanzando cuanto pudo, llegó a los primeros declives y se internó por una trocha, único camino viable que podían haber seguido los bandidos. La trocha se inclinaba hacia abajo, para luego ascender y abrirse en varios caminos ásperos y difíciles que le obligaron a detenerse perplejo.

Echó pie a tierra y los examinó a la luz de la luna. Pronto descubrió en uno señales de los cascos de los caballos, y montando de nuevo siguió por aquel camino cubierto de hoyos y de ramaje espinoso, por el que «Stard» se veía obligado a avanzar con suma precaución.

Más tarde el camino alcanzó una explanada cubierta de espesos pinos que dificultaban la búsqueda de huellas. Sol recorrió la explanada descubriendo una pina senda que descendía hasta un pequeño valle, y, sin vacilar, se lanzó hacia ella.

En el valle volvió a descubrir huellas de pisadas. La hierba, ya brillante por el rocío de la noche, aparecía pisoteada en diversos lugares y siguiendo estas señales inconfundibles alcanzó un estrecho cañón por el que se internó con infinitas precauciones.

El sitio era ideal para sorprenderle cruzándole, y arrimando a la pared para no delatarse con la sombra sobre el piso lo atravesó hasta

salir a una parte más ancha pero no menos desorientadora.

Se hallaba ahora ante una serio de cañones, hendiduras, riscos y desfiladeros, imposibles de examinar, y Sol, rabioso, decidió detenerse allí mismo, a hacer noche para, con la aurora, iniciar la persecución.

Confiaba en que sus compañeros habrían encontrado las huellas y le seguirían, pero pasada la media noche perdió toda esperanza.

No era gente avezada al ojeo y nada tenía de extraño que se perdiesen en un laberinto como aquél. Claude lo sabía, y por ello se había decidido por aquel lugar donde, al parecer, todas las ventajas estaban de su parte. Pero no había contado con Sol. Este poseía un fino instinto para la persecución y si no llovía y el agua borraba el rastro estaba seguro de localizarlo y seguirles, aunque se dirigiesen al último rincón del Oeste.

Se envolvió en su manta para preservarse del agudo relente de la noche y con el oído atento a cualquier ruido sospechoso pasó la noche en vela, atalayando el cielo constantemente en espera del primer rayo de luz. Sus nervios de acero no aguantaban una espera tan prolongada, pues temía que los forajidos hubiesen caminado durante la noche poniendo entre ambos, bastantes millas de distancia.

Lentamente empezó a clarear. Una luz difusa se tendió por el cielo dibujando de modo impreciso los contornos del abrupto paisaje y Sol, encendiendo su pipa para consolar el hormigueo que sentía en el estómago, esperó.

Por fin la claridad se hizo más amplia y dejándose llevar de la impaciencia se dedicó a registrar el lugar en busca del perdido rastro.

No tardó mucho en hallarlo. Claude había elegido un abrupto desfiladero que se deslizaba entre medias de un cenagoso arroyo, buscando sin duda borrar al amparo del agua.

Todo aprisa que le fue posible recorrió aquel abrupto paso hasta salir a un terreno menos encajonado, pero no por eso menos dificultoso.

El paisaje, cortado por dunas y pequeños montes, ondulaba constantemente, ocultando el campo visual, y Sol, ante el temor de una sorpresa, tenía que frenar su ímpetu y caminar con cautela para evitarse los efectos de una posible emboscada.

A pesar de los esfuerzos realizados por los forajidos para borrar las huellas de su paso no lo habían conseguido plenamente, y Sol, avezado a rastrear el terreno, las iba siguiendo sin titubeos, observando que cada vez se iban haciendo más claras y recientes.

Presentía que en algún lugar no muy lejano tropezaría con sus enemigos y cada vez se mostraba más tenso y precavido, pues no ignoraba que se las tendría que haber con tres rivales duros y decididos y que la lucha iba a ser muy desigual.

Por esta causa no podía mostrarse imprudente. Tenía que ser él

quien gozase de las primicias de la sorpresa para aprovecharse de ella y eliminar a algún bandido antes de que se diesen cuenta de que les iba a los alcances, pues, de lo contrario, corría el peligro de no alcanzar el éxito pleno que necesitaba.

Con estos pensamientos rondándole en la cabeza, coronó un pequeño monte y, al alcanzar la cima y echar un vistazo hacia abajo, tembló de alegría. En un gran descampado que se abría al pie del monte acababa de descubrir una fogata y, en derredor de ella, a los tres sujetos a quienes con tanto tesón perseguía.

Los bandidos, convencidos de que habían borrado su pista, se habían detenido a prepararse la comida, y los tres, en derredor de la hoguera, maniobraban con una sartén y unos potes que habían colocado sobre las piedras. Los caballos, al parecer fatigados de la larga jomada, descansaban tirados en tierra a la sombra de unos pinos, y Sol no tardó en descubrir la tosca y elefantiásica silueta de Claude Taft manejando la sartén.

Rápidamente echó pie a tierra y, haciendo retroceder a «Stard», se tendió sobre la planicie para hurtar el cuerpo a las miradas de los indeseables y se dedicó a observar sus movimientos. Tenía el rifle entre las manos, pero no estaba muy seguro de poder hacer blanco con él a la distancia que se encontraba.

La sorpresa resultaba difícil. Por donde intentase llegar al valle, tenía necesidad de mostrarse a pecho descubierto y todos sus planes de sorprenderles se habían venido abajo.

Cabía esperar a que siguiesen la huida y atacarles en lugar más propicio, pero los nervios de Sol no admitían tales demoras. Tenía que deshacerse cuanto antes de ellos y no lo demoraría, aunque el peligro a correr era grande. Confiando en su decisión y en su sino, retrocedió de la explanada, montó en «Stard» y le obligó a descender por donde había subido. Iba a rodear el monte y a presentarse por uno de sus flancos para atacar a todo galope y, si la suerte le acompañaba, contaba con eliminar a alguno antes de que pudiesen hacerle frente.



LCANZÓ Sol el límite que le permitía pasar inadvertido y cuando comprendió que ya no podía ganar más terreno sin mostrarse a los bandidos, empuñó el rifle y, azuzando al caballo, se lanzó como una flecha sobre el grupo que, completamente ajeno a la sorpresa, seguía maniobrando en derredor de la hoguera.

Cuando uno de los forajidos captó el ruido de los cascos del caballo y se volvió asombrado con un pote en la mano Sol comprendió que había llegado al límite de las posibilidades en su favor y empuñando el arma, disparó.

El bandido dejó caer el pote a tierra y llevándose las manos al vientre, se contrajo en un terrible gesto de dolor, mientras Claude y su compañero, tomando los revólveres que tenían a mano, contestaban al disparo rabiosamente.

Dos balas silbaron cerca de Sol, obligándole a bajar la cabeza instintivamente, y cuando la irguió para disparar de nuevo observó que sus dos rivales se habían parapetado detrás de dos grandes piedras, desde las que hacían fuego sañudamente.

Sol tiró de las bridas obligando a «Stard» a cuartear para rodear los peñascos, pero los bandidos girando en torno a ellos, seguían disparando resguardando sus cuerpos detrás de las piedras.

Esta maniobra era expuesta para Sol, quien se había visto obligado a alejarse del grupo tratando de evadirse de balas que silbaban cerca de él y seguía en su maniobra de dar vuelta en torno a la protección de sus enemigos, tratando de aprovechar cualquier descuido de éstos para eliminarles.

Pero la realización de su empeño no era cosa fácil. Su sombrero había volado de un impacto bien dirigido y corría el peligro de recibir alguna otra caricia de plomo en lugar más sensible, como so obstinase en no ceder y continuase avanzando hacia sus enemigos.

Por un momento se quedó tenso esperando el ataque. El rifle en sus manos era como un anatema pronto a vomitar la muerte al menor descuido y la vomitó aun a expensas de sufrir un descalabro.

La cabeza del compañero de Claude asomó durante una fracción de segundo para buscar el blanco y antes de que lograse enviar la bala había recibido una en la cabeza que le tumbó de espaldas, con la cara hacia el cielo, sin que pudiera hacer ningún gesto más de defensa.

Sol lanzó un rugido de alegría al observar el efecto del disparo. Ahora sólo tenía que hacer frente a Claude y la desventaja había desaparecido para él.

Gozoso, alzó la voz para advertir:

—¡Adelante, Claude!, asome esa cabeza de oso que posee, que le voy a clavar en ella cinco halas… ¡Ande, no se haga el remiso, tiene usted que vengar también la muerte de Rex a quien he dejado colgado de una rama en mitad de la plaza!

Él bandido, al oír la noticia, sintió un escalofrío de ira por todo su cuerpo y de una manera imprudente se irguió con el revólver empuñado.

Dos detonaciones vibraron de modo simultáneo y las dos habían partido veloces y mortales en busca del blanco.

Sol, como si hubiese recibido un mazazo en pleno pecho, se sintió echar hacia atrás brutalmente, saliendo despedido de la silla, mientras Claude, con un balazo en el hombro derecho, dejaba caer el revólver emitiendo un rugido de bestia feroz.

Sol comprendió que por vez primera le habían puesto fuera de combate de una manera seria y peligrosa. Sentía dentro del pecho como si tuviese carbones encendidos, mientras que su cerebro retumbándole de un modo alucinante, le anulaba todo movimiento y toda facultad de obrar.

De un modo inconsciente se dio cuenta de que perdía el sentido; pero antes de perderlo completamente se dio cuenta también de algo más terrible: Claude, herido menos gravemente que él, avanzaba arrastrándose con el brazo derecho roto, pero esgrimiendo en su mano izquierda un agudo y terrible cuchillo, con el que estaba decidido a dar fin de su odiado agresor.

En efecto, Claude, con el brazo roto y también dominado por un vahído que amenazaba con anular sus últimas fuerzas, realizó un supremo esfuerzo y sacando de la cintura el cuchillo, se dispuso a hundirlo en el pecho de Sol.

Él podía o no morir, pero en cualquier caso se habría llevado por delante al más feroz y mortal enemigo con el que había luchado en su vida.

Se hallaba ya a pocos metros de su víctima cuando de manera mecánica volvió la cabeza hacia su derecha. Le había sorprendido el galope de un caballo que avanzaba raudamente y, cuando logró descubrirlo, de su garganta se escapó una terrible maldición.

Se trataba del jinete misterioso que ya una vez en el desfiladero le

había perseguido sañudamente y comprendiendo que esta vez no se salvaría de sus garras realizó un supremo esfuerzo y continuó avanzando hacia Sol, con la despiadada esperanza de poder rematarle antes de ser rematado.

Ya se hallaba a cuatro pasos del inanimado cuerpo cuando vibró una detonación y el bandido, estremeciéndose violentamente, soltó el cuchillo, lanzó un alarido de agonía y se inclinó de bruces, clavando la boca en la hierba para no moverse más.

El jinete detuvo en seco su negro y magnífico caballo y, apeándose de un salto, con un pequeño revólver empuñado, se acercó a Claude, examinándole atentamente. Al observar que estaba muerto, le apartó asqueado con el pie y se inclinó sobre Sol, desgarrando angustiosamente su camisa y examinando la herida.

Esta se hallaba en el costado derecho y debía de haber roto o rozado alguna costilla. El jinete no podía precisarlo, pero comprendía que era grave.

Apresuradamente se dirigió a su caballo, extrajo de un saco de cuero que llevaba colgado en la silla una cajita de urgencia con hilas, venda, yodo y algunos potes de bálsamo, y luego, corriendo a un arroyo cercano, llenó el sombrero de Sol con el agua cristalina, apresurándose a lavar la herida como mejor pudo.

Luego impregnó algunas hilas en yodo y con unas pinzas, las introdujo en el hueco de la herida. Sol, a pesar de su inconsciencia, se estremeció al sentir la quemazón del yodo, pero no abrió los ojos.

Inmediatamente vendó la herida como mejor le fue posible con los escasos elementos con que contaba y cuando ya no le fue posible hacer otra cosa inclinó hacia atrás su sombrero un momento, para limpiar el sudor que perlaba su frente. Se trataba de un tipo joven, demasiado joven, pues, su edad podía calcularse en dieciocho o diecinueve años. Poseía un rostro suave, terso y quemado por el sol, pero sin asomo de vello. Los labios eran demasiado finos, los ojos negros, brillantes y profundos y el óvalo del rostro suave y perfecto.

Vestía un ajustado traje de vaquero con la camisa oscura, el pantalón negro, el sombrero también negro, de alas muy anchas y caídas y unas botas de media polaina, con espuelas de plata que hacían su pie pequeño y fino.

Era el perfecto tipo del joven imberbe, que más se asemejaba a una joven intrépida que a un muchacho ya lanzado a los avatares de las trágicas peleas del Oeste.

El jinete cubrió de nuevo su cabeza, echó hacia adelante las alas del sombrero para sombrear sus ojos y miró con angustia en derredor.

No lejos, sobre una de las paredes rocosas del monte, descubrió un hueco sombreado, y arrastrando con cuidado, pero con trabajo, el cuerpo de Sol, lo llevó hasta una gruta que se abría en el farallón.

Preparó un lecho con agujas do pino, tendió la manta del herido y lo acomodó en él. Más tarde recogió a «Stard» que restregó su brillante morro contra el hombro del jinete y lo trabó en un árbol próximo junto a su propio caballo.

La cueva era grande y amplia, y el jinete se instaló en el interior junto al herido, amparando su rostro y su cuerpo en la espesa sombra que reinaba allí dentro.

Cuando anocheció, encendió una hoguera fuera de la gruta, de forma que el resplandor no le diese en la cara y se acomodó junto al herido, tomando sus manos y siguiendo atentamente por sus latidos y su calor los progresos de la fiebre.

Sol se debatía sobre la manta ásperamente y su guardián se veía obligado a realizar grandes esfuerzos para sujetarle y evitar que se arrancase el vendaje.

A media noche el herido empezó a delirar. El jinete, inclinado sobre él, recogía con emoción y en silencio todas sus incoherentes frases, y el infeliz mezclaba en su delirio el nombre de su amada, el de los Taft, aludía al jinete negro que era su obsesión y formaba una amalgama de nombres y de recuerdos que componían un *puzzle* difícil de desentrañar.

El jinete salió varias veces en busca de agua fresca del arroyo para aplicarle compresas a la frente, y de mañana, examinó la herida sin atreverse a cambiar el apósito.

Durante todo el día, como una esfinge, permaneció al lado del herido sin moverse y sin probar bocado. Solamente cuando la noche volvió a caer extrajo las hilas, las cambió por unas nuevas y se preparó unos pedazos de tocino asados en la hoguera y un buen bote de café.

Durante cuatro angustiosos días permaneció a su lado sin moverse del fondo de la gruta. Algunas veces, vencido por el sueño, se recostaba contra la pared y dormía con sobresalto, siempre con las manos de Sol entre las suyas y, al menor movimiento de éste, despertaba para atenderle.

La fiebre parecía ceder. Sol pasaba algunos ratos, relativamente tranquilo y la herida no parecía presentar mal aspecto; pero el jinete a cada hora se mostraba más nervioso y más atento a las reacciones del enfermo.

La quinta noche Sol recobró por un momento su lucidez. De una manera brusca, abrió los ojos y al girarlos en torno a la cueva descubrió al resplandor de la hoguera la silueta vaga, pero acusada de su compañero.

Alargó la mano para convencerse de que no soñaba y murmuró:

—¿Quién… quién… está aquí…?

El jinete se puso un dedo en la boca, haciendo señas de que no hablase, y Sol, a costa de un gran esfuerzo, incorporó la cabeza para

ver mejor al jinete, observando en medio de la vaguedad de sus ojos que tenía el rostro cubierto por un antifaz negro.

El jinete le retuvo a la fuerza en el lecho sin decir palabra, y Sol, dominado por la emoción, trató de levantarse; luego pretendió hablar violentándose y, por último, terminó por caer en un nuevo sopor.

El jinete se levantó secándose el sudor de la frente y salió fuera de la gruta. Luego de quedar un momento inmóvil escribió algo en una hoja de un cuaderno que sacó del bolsillo, prendió el papel del pecho de Sol, y tomando su caballo, emprendió un trote desenfrenado, desapareciendo del valle entre la plateada luz de la luna.

Mediado el día siguiente, el herido tuvo una reacción y despertó. De manera mecánica alargó las manos a su derecha buscando algo que no encontró y se quedó tenso, con los ojos clavados en el recuadro de sol que se dibujaba fuera de la gruta.

Débilmente, murmuró:

—¡Gran Dios! ¿Qué me sucede? He debido soñar... Sí, he soñado y en mis sueños... vi... vi al jinete negro que estaba a mi lado... Tenía mis manos sujetas con las suyas, suaves y juveniles. Había algo en él... Pero... ¿Dónde estoy? ¿Qué ha sucedido?

Durante un buen rato quedó con los ojos muy abiertos, clavados en el recuadro de sol, forzando su cerebro hasta que, al fin, un brusco movimiento de su cuerpo le anunció que la memoria había recobrado su imperio.

Ahora recordaba el momento en que cayó abatido por el tiro de Claude Taft, y cómo éste, armado de cuchillo, avanzaba hacia él devorándole con sus ojos de tigre en celo, pero no recordaba ya más que ese concepto vago de haber tenido a su lado al jinete fantasma.

Al moverse, lanzó un quejido y llevó la mano a la herida. Esta no era un vago recuerdo. Allí estaba candente y lacerante y allí estaba el vendaje fuerte, bien ajustado, que alguien había aplicado a su dolorido pecho.

Pero... ¿Por qué se hallaba solo? ¿Por qué le habían abandonado quien tan milagrosamente acudiera en su auxilio? Sol sintió la angustia de saberse olvidado en un lugar desierto, sin fuerzas para moverse y sin nada que llevar a su boca y a su herida, y realizando un esfuerzo supremo empezó a arrastrarse por el fondo de la cueva, tratando de alcanzar el exterior.

Fue un sacrificio terrible y doloroso, pero lo consiguió. El sol aureoló sus ojos de recia luz y los cerró un momento para acostumbrarse a él.

Luego, al pasear la vista en derredor, algo atrajo su atención con fuerza brutal. Allí cerca de él, pendiente de una rama de un grueso árbol, se erguía rígido y tétrico un cuerpo. Era el de Claude Taft, colgado de la punta de un lazo, y aquella cuelga no era él quien la

había realizado.

Vencido por la emoción, jadeante y sin fuerzas, quedó tendido en la entrada de la cueva con el cerebro más ardoroso que nunca y una sensación de vacío inexplicable.

Pasó mucho tiempo, no pudo saber cuánto. Luego, cuando el sol se batía en derrota, llegó a su oído el rumor de un trote de caballos, y poco después un grapo de jinetes se detenía junto a él con asombro.

—No nos han engañado—afirmó uno—. Aquí está.

—¡Y ahí está Claude Taft, pendiente de una encina!

Sol tuvo un momento de reacción y preguntó:

—¿Cómo... cómo habéis acertado a...?

Uno de los jinetes contestó:

—Mandaron un aviso escrito a casa de Byrnes, que se encuentra mejor. Lo firmaba un buen amigo tuyo y advertía que nos diéramos prisa en acudir aquí, porque estabas herido y necesitabas asistencia. Nos hemos dado toda la prisa posible y aquí estamos.

Sol llevó su mano al pecho y al hacerlo tropezó con el papel que el jinete le había dejado prendido:

—¿Qué es esto?—preguntó.

Alguien tomó el papel y leyó:

> —«Sol, no cometas imprudencia alguna. Te he atendido a medida de mis fuerzas, pero eso no hasta. Voy en busca de ayuda para que te lleven al poblado y te atienda un médico. Te portaste como un héroe y a pesar de desdeñar mi consejo, has triunfado, eliminando a los Taft. Cuídate con cariño y cuando estés curado, tómate un descanso que bien ganado lo tienes.
>
> Un buen amigo.»

Sol estrujó el papel entre las manos y murmuró:

—¡Siempre ese jinete fantasma a mi paso!... ¿Por qué se oculta? ¿Qué le impide darse a conocer? ¿Por qué ese interés en ayudarme y protegerme? Le debo la vida... Sí. Se la debo y tengo que buscarle, aunque sea en el fondo de la tierra para saldar con él esta deuda.

Se llevó la mano al pecho de nuevo y su mano áspera tropezó con algo sedoso que le acarició. Al tirar de ello descubrió que era un pañuelo de seda, pero un pañuelo pequeño, fino, elegante, un pañuelo que sólo podía pertenecer a una mujer.

Lo arrebujó con ansia entre sus rudos dedos y se lo llevó a la boca besándole en silencio. Luego, vencido por tanta emoción y por su estado, perdió el conocimiento.

Sus auxiliares le tomaron en brazos y en unas parihuelas que improvisaron con unas largas ramas de árbol y la manta, cargaron con él para trasladarlo al pueblo. Cuando emprendieron la marcha, allí quedaba, herido de frente por los últimos rayos del sol, el cadáver

rígido y contraído de Claude, como un fruto extraño y repugnante que hubiese brotado del árbol, mientras Sol, cara al cielo que empezaba a tornarse intensamente azul, parecía buscar en el infinito la silueta negra del jinete misterioso y su mano febril, atenazaba, como si se tratase de un tesoro, el sedoso pañuelo que había sido para él una revelación y una tortura.

FIN

Artes Gráficas Grijelmo, S. A. - Bilbao